

LA PROTESTA

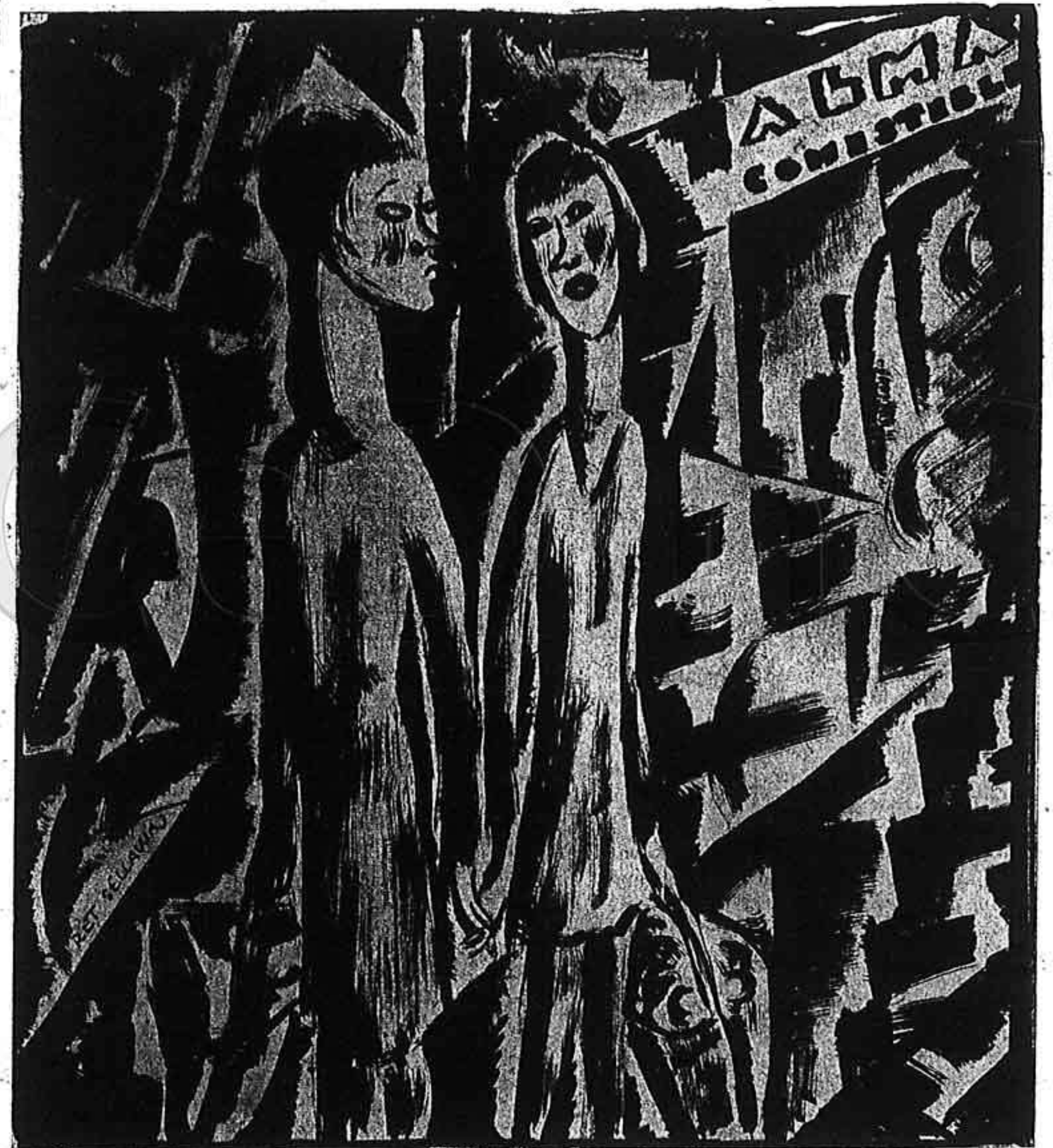
SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII
N.º 311

BUENOS AIRES, 31 DE AGOSTO DE 1929
PORTE PAGO

El ejemplar
20 Centavos

TRAGEDIA DE SIRVIENTITAS



- Vos que preferís: ¿que te peguen o que te dejen sin comer?
--Yo; que me peguen.
--Yo nó, porque cuando me dejan sin comer te robo la comida al perro.
--¡Ah! pero en casa no hay perro...

RUDOLF ROCKER

UNIDAD NACIONAL

El jacobinismo francés creó primero el concepto abstracto de Estado y junto con él la representación abstracta de la nación. Desde entonces la idea de la "unidad nacional" fué la solución de la mayor parte de los partidos burgueses, de los cuales han heredado nuestros modernos socialistas de Estado esa ambigua herencia, como tantas otras cosas. La unidad nacional se convirtió en concepción del desenvolvimiento cultural, en símbolo de la vida popular. Todo obstáculo que se le opusiera fué anatematizado como "anticultural", como un delito contra el "espíritu de la nación". Y esa "fable convenue", esa fábula que se aceptó silenciosamente como verdad, mantiene todavía todos los espíritus en su hechizo. Incluso hoy más que nunca. Pero en cambio toda la historia nos muestra que justamente lo contrario es exacto. No fueron los períodos de "unidad nacional" los grandes períodos de cultura de la humanidad, sino los períodos de "desmenuzamiento nacional" y de relativa libertad. La unidad nacional condujo hasta aquí en todas partes a la decadencia cultural, a la ruina de la cultura.

La vieja Grecia, que estaba totalmente desmenuzada tanto nacional como políticamente y que no conoció en modo alguno el concepto de una unidad política, ha producido sin embargo la más grande cultura que ha conocido hasta aquí la humanidad. Y cuando después Alejandro de Macedonia, que se sintió "heleno", estableció con la espada la unidad nacional de Grecia, se agotaron las fuentes de las energías y capacidades culturales, que no pudieron desarrollarse bajo el despotismo.

El gran período de las ciudades libres en Europa en tiempo de la edad media fué una época del más extremo desmenuzamiento nacional y político, y a pesar de todo en aquél tiempo nació una gran cultura que hasta ahora no ha tenido su igual en Europa. Los enormes monumentos de la arquitectura y del arte que nos ha dejado aquél tiempo, son signos eternos de esa fase brillante del desenvolvimiento humano. Pero cuando después el Estado moderno plantó sobre las ruinas de esa gran cultura el estandarte de la "unidad nacional", se fundieron los últimos restos de grandeza cultural como la nieve ante el sol; y la barbarie más brutal hizo irrupción en Europa.

Si echamos una mirada a la historia de Alemania, encontraremos sólo una confirmación del mismo fenómeno. Las ricas conquistas de la grandeza espiritual y de la cultura en este país datan del tiempo

de su "desmenuzamiento nacional". Su literatura clásica desde Klopstock a Goethe y Schiller, el arte embriagador de su escuela romántica, su filosofía clásica desde Kant a Feuerbach, la época suprema de su música clásica — todo esto pertenece a aquél tiempo. Pero el Estado nacional unitario significa la ruina de la cultura alemana, el agotamiento de sus fuerzas creadoras, el triunfo del militarismo y de una burocracia mecanizada.

Y eso no sólo ocurrió en Alemania. La historia de Italia, de España, de Francia, de Rusia, etc. es sólo una repetición de los mismos fenómenos históricos. Y esto no es posible de otro modo; pues el Estado nacional unitario no es otra cosa que el principio de poder de las clases poseedoras vertido en formas estatales, la victoria de la uniformidad sobre la rica diversidad de la vida del pueblo, el triunfo de un adiestramiento intelectual que se llama "instrucción", sobre la educación natural y el desarrollo del carácter, la suplantación del sentimiento de la personalidad por la simple obediencia de cadáver — en una palabra: la violación de la libertad por la brutal violencia estatal y la mecanización inanimada.

Esto lo había reconocido claramente ya Proudhon, cuando objetaba a Mazzini, el representante más distinguido del pensamiento unitario nacional en Italia, las siguientes palabras:

"Todo carácter originario en las diversas poblaciones de un país se pierde por la centralización — que es el verdadero nombre de la llamada unidad. Un gran Estado central confisca toda la libertad de las provincias y comunas en beneficio de un más alto poder, el gobierno. ¿Qué es en verdad esa unidad de la nación? La disolución de los pueblos especiales, en donde vivir los individuos y se diferencian entre sí, en una nación abstracta, en la que nadie respira y nadie conoce a los demás... Al privar a los hombres de la disposición sobre ellos mismos, se necesita, para poner en marcha esa máquina gigantesca, una monstruosa burocracia, una legión de empleados. Para protegerla hacia dentro y hacia afuera, se necesita un ejército permanente, empleados, soldados, mercenarios, eso representará el porvenir de la nación. Esa grandiosa unidad necesita fama, brillo, lujo, una imponente lista civil, embajadores, prebendas. En un tal Estado nacional todo el mundo mete la mano y quién paga los parásitos? ¡El pueblo! El que dice nación unitaria, dice nación que está vendida a su gobierno... La unidad no es

otra cosa que una forma de la explotación burguesa bajo la protección de las bayonetas. Sí, la unidad política en los grandes Estados es la dominación de la burguesía. De ahí el placer del burgués en la unidad nacional".

El genial francés reconoció el fondo verdadero de todas las aspiraciones nacionales unitarias, y lo que nuestros socialistas de Estado desde la socialdemocracia hasta las diversas ramificaciones del bolchevismo ruso no pueden ver hoy, lo previó él claramente, pues su visión no era oscurecida por la ciega credulidad estatal de nuestros modernos socialistas partidistas, que todavía llevan pegada la cáscara de huevo de sus predecesores jacobinos.

Todo nacionalismo es en el fondo de su esencia reaccionario y anticultural, aun cuando trabaje con medios llamados revolucionarios. Esto se refiere también a los movimientos nacionalistas de los pueblos oprimidos, pues no son solamente los medios que un movimiento emplea los que determinan su carácter, sino el contenido moral de sus ideas, sus aspiraciones unificadoras o separadoras de los pueblos. El objetivo de los movimientos nacionalistas en países que están sometidos a una llamada dominación extranjera, no está dirigido contra la dominación como tal; todo lo que pretenden es una dominación bajo la propia bandera. Pero ya no se imagina uno que los pequeños Estados en principio son mejor que los grandes. Al contrario, la arrogancia política y la presunción nacional están apenado allí más fuertemente desarrolladas que en los llamados grandes Estados. El pequeño Estado persigue en todas partes la tendencia a imitar todas las torpezas y los crímenes del Estado grande. La mejor prueba de ello la tenemos en los pequeños Estados suscitados por el tratado de paz de Versalles, que oprimen hoy a las minorías nacionales dentro de sus fronteras con los mismos medios repulsivos que antes se aplicaban contra sus ciudadanos.

Lo que defendemos no es el internacionalismo, sino el apacionalismo. Exigimos el derecho a la libre decisión para cada comuna, para cada pueblo, y justamente por esa razón rechazamos la idea absurda del Estado nacional unitario. Somos federalistas, es decir partidarios de una asociación de libres agrupaciones humanas, que no se apartan unas de otras sino que se penetran y fecundan mutuamente y se confunden del modo más íntimo entre sí por mil especies de relaciones de naturaleza intelectual, económica y cultural. La unidad a que nosotros aspiramos es una unidad cultural, es decir una unidad que tiene su más firme cimiento en la diversidad de sus expresiones. Es la unidad que se funda en su libertad, que rechaza profundamente toda mecanización de las relaciones humanas y que sólo puede desarrollar plenamente su eficiencia con la exclusión de toda explotación y de toda tutela estatal.

Nosotros hemos defendido siempre el punto de vista que todo pueblo tiene el derecho inquebrantable a conformar de acuerdo a la propia medida su vida cultural y social, y eso como miembros independientes de una gran comunidad humana. Ese punto

de vista se ha expresado con frecuencia en los escritos del socialismo libertario; pero somos de opinión que necesita una importante complementación. No se trata aquí exclusivamente de un problema puramente político o socialista, sino al mismo tiempo de determinadas condiciones económicas previas que son las que pueden asegurar primeramente a los diversos grupos y poblaciones su independencia cultural y política.

El que un hombre hoy nazca francés, alemán o ruso es simplemente un acontecimiento del azar, por el cual él no tiene razonablemente motivo para estar orgulloso o para afligirse. Por esta razón ya son fantásticas y archirreaccionarias todas las presunciones artificialmente construidas por nuestros teóricos raciales y por los nacionalistas de todas las categorías y matices con sus vacuas afirmaciones de la existencia de pueblos elegidos e inferiores. Pero también es sólo una casualidad que un pueblo o un grupo de pueblos en el curso de la historia hayan sido constreñidos a un territorio en el que más tarde se descubrieron ricos tesoros naturales — yacimientos carboníferos, minerales, petróleo, etc... — Esa casualidad no puede dar a los hombres de ese territorio el derecho a instaurar monopolios y a mantener a otros pueblos, que no fueron provistos con tales dones de la naturaleza, en dependencia económica.

Llegamos ahí a un capítulo que aquí sólo puede ser mencionado de paso, pero que será de la más grande importancia para el desenvolvimiento futuro de la raza humana.

Toda la tendencia del capitalismo, especialmente en su actual fase imperialista, es por eso eminentemente antipopular y tan funesto para el bien de la sociedad, porque sus promotores en los más diversos países persiguen el objetivo declarado de someter al dominio de sus monopolios todas las riquezas naturales de la tierra, que podrían constituir una bendición para los hombres, y de encadenar a los otros pueblos en las ligaduras de la dependencia económica. Pero cada cual oculta esa política de saltadores de caminos como "defensa de los intereses nacionales". La internacionalización de las riquezas naturales en forma de carbón, metales, etc. es por eso una de las condiciones previas más importantes para la realización del socialismo. Mediante acuerdos colectivos el aprovechamiento de esas riquezas tiene que ser garantizado a todos los grupos de pueblos, si es que no deben surgir en el seno de la sociedad nuevos monopolios y en consecuencia nuevas divisiones de clases y la esclavización económica. Sólo así conseguirán los hombres poner un alto a la actual reacción capitalista-nacionalista y abrir el camino que nos conduce a la tierra de promisión de un futuro mejor.



D. A. DE SANTILLAN

El movimiento anarquista en Santa Fe

Una ojeada al pasado y consideraciones para el porvenir

Aunque ya se ha hecho no hace mucho en un pequeño folleto (*Biblioteca popular E. Zola de Santa Fe. Esbozo histórico de su desarrollo, 1929, 18 págs.*) queremos resumir aquí brevemente algunas noticias sobre el pasado del movimiento anarquista en Santa Fe, lo cual nos permitirá hacer algunas consideraciones sobre el presente y el porvenir.

La historia de una localidad encierra en sus líneas generales la historia de todo el país; es un botón de muestra que, salvo los detalles distintos, los nombres diversos, puede aplicarse a muchas otras localidades. Quizás de ese modo logremos elevarnos a una comprensión más realista de nuestro movimiento, de sus defectos, de sus virtudes y de sus necesidades. Y como no somos fatalistas, como no creemos en milagros, como no esperamos la revolución por arte de magia o como simple resultado del azar, los veinticinco o treinta años a que pasaremos rápida revista, nos pueden poner en el camino de prever lo que ocurrirá en los veinticinco o treinta años siguientes, si nuestra capacidad de iniciativa y nuestro miedo hondamente conservador a todo lo nuevo y a lo desconocido nos mantiene en la rutina en que parece que la gran mayoría de los compañeros se sienta a gusto.

Según se verá después, el campo de acción abarcado es cada vez más pequeño, el atrevimiento para avanzar por nuevos caminos, para abrir nuevos cauces al pensamiento y a la acción es cada día menos sensible. Y así hemos llegado a un período en que se impone a todos un instante de meditación, un trabajo mental de comparaciones y deducciones y el resurgir de una intensa voluntad de trabajo y de experiencia a fin de aumentar las virtudes del movimiento y su eficiencia y de disminuir sus defectos y su rutinismo castrador.

Una de las primeras manifestaciones del esfuerzo libertario, al terminar el siglo pasado y al comienzo del presente fué una escuela libre, obra de un hombre abnegado que dejó los mejores recuerdos en los que lo conocieron y trataron: González Luján. Por aquél tiempo se destacaba también aquí Piedrabuena, el individualista que luego entró en la profesión docente por muchos años y que no hace mucho dió algunas conferencias en Buenos Aires. Un propagandista de esa época, de una inmensa popularidad por sus excentricidades, pero fiel y noble compañero, fué el pintor decorador Ragazzini, sobre el cual circulan las anécdotas más cómicas, pero cuya acción merece un simpático recuerdo.

En 1902 se formó un sindicato de panaderos, el

primero de los organismos obreros de resistencia en la ciudad; pero la institución que ejerció una gran influencia durante seis o siete años fué el Centro obrero de estudios sociales, una universidad popular en pequeño, creado hacia 1903. Ese Centro fué la escuela de numerosos militantes y de allí salieron todas las iniciativas de la propaganda local, de la organización obrera y de sus luchas. Disponía de un buen salón de conferencias, de sala de lectura, de escenario en donde se cultivaba el teatro subversivo como medio de acción sobre el espíritu del pueblo.

Citemos algunos nombres de compañeros, que pasaron por el Centro de Estudios sociales. Algunos de ellos han muerto ya, otros se retiraron de la lucha, otros se pasaron al enemigo en el transcurso del tiempo, pero todos han dado a la propaganda un período más o menos largo de actividad y de entusiasmo. Por ejemplo: Orlando Lavagnino, Pedro Roqué, Fernando Torre, Mucams, Vertu Carlos, Domingo Chiapero, A. Zamboni, Juan Bassi, Miguel Expósito, Alfredo Durán, Carlos Colli, Francisco López, Antonio Marconi, Chemen, padre e hijo, José Neidero, Parisi, Camilo y Bartolo Passina, Valentín Pierpauli, Tomás y Cesareo Litterio, los David, Agustín Beltramino, Aquiles Benoit y muchos otros.

De ese núcleo, estimulado por unas conferencias de Manuel Vázquez, secretario de la F. O. R. A., nació la organización de la Federación Obrera Santafecina, a mediados de 1904. El preámbulo al programa de esa Federación dice:

"Toda propiedad adquirida con el trabajo ajeno constituye un despojo al que lo produjo y por lo tanto toda propiedad individual es un despojo a la colectividad. De acuerdo con ese principio nuestro objeto no puede ser otro que tratar de establecer una sociedad más racional y más justa en completa armonía con las leyes de la naturaleza.

Como finalidad de nuestras aspiraciones queremos la educación integral de todos los niños de ambos sexos desde que nazcan; igual alimentación y educación en todos los grados de la ciencia, de la industria y de las artes, para que así desaparezcan todas las desigualdades económicas y sociales, productos históricos de una organización tan falsa como inicua. Mas como para llevar a la práctica tan sublimes ideales, es indispensable la organización previa de todos los asalariados, con tal objeto fúndase en Santa Fe una libre Federación de libres asociaciones de productores libres".

De su campo de acción da una idea el siguiente articulado:

"Art. 1.º La Federación Local de Santa Fe la componen todas las sociedades gremiales de la lo-

calidad y lleva por lema el gran principio de la Internacional: "No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes."

Art. 2.º Se considerará sociedades de resistencia todas las que estén formadas por asalariados y aspiren a la emancipación económica de los trabajadores.

Art. 3.º Las sociedades adheridas a esta Federación aceptan, por el mero hecho de ingresar en ella, las siguientes obligaciones:

a) ayudar moral y materialmente a los gremios en huelga.

b) concurrir a los meetins y asambleas que la Federación organice.

c) contribuir al sostenimiento de escuelas libres, bibliotecas y gastos del Consejo Local, y nombrar delegados al mismo.

d) prestar todo su concurso para la defensa de los compañeros presos y perseguidos por movimientos obreros y por último, hacer efectiva la solidaridad para mejor defendernos contra el poder del capitalismo.

Art. 4.º Los derechos de cada sociedad son exactamente iguales a sus deberes, disfrutando por consiguiente de tanto como concede".

El programa íntegro de la Federación Obrera Santafecina fué adoptado por la Federación obrera entrerriana que se fundó en 1908 y tuvo su órgano en *La Ráfaga* de Paraná.

En esa Federación se destacaron sobre todo Orlando Lavagnino, Fernando Torres, A. Zamboni, M. Expósito, Alfredo Durán, Juan Bassi, Francisco López, Domingo Chiapero, etc. La primera lucha de la Federación fué memorable y tuvo lugar en noviembre del mismo año, siendo al mismo tiempo la primera lucha obrera de acción directa en amplia escala que se había tenido en la ciudad. Se trataba de la conquista por los ferroviarios de la jornada de ocho horas. En poco más de una semana de huelga los ferroviarios triunfan en sus peticiones y esa victoria animó de tal modo a los demás gremios que en breve tiempo la jornada de ocho horas fué una realidad para todos los trabajadores locales, sin necesidad de sanciones legislativas ni de intervención de diputados obreros en los debates parlamentarios.

A fines de 1907 se produjo otra huelga ferroviaria, que duró tres meses y fracasó. Ese desastre influyó en los demás gremios depresivamente, como la victoria de noviembre de 1904 había influido en el sentido opuesto. La Federación terminó por disolverse, habiendo contribuido a ello la represión policial contra los militantes destacados. Los útiles fueron entregados al Centro de Estudios sociales, que por su parte había sufrido también las repercusiones de la reacción policial y de la derrota. Algunos ensayos hechos en 1908 para reanimar la vida sindical no tuvieron éxito. Pero de cualquier modo la idea de la acción directa para la conquista proletaria de mejores condiciones de vida y de trabajo se había sembrado en el pueblo trabajador y en lo sucesivo se volvería difícil desarraigarla.

El año 1909 marca un nuevo repunte de actividades; los cuadros vuelven a completarse, la propaganda, que en Buenos Aires alcanzó ese año y los primeros cinco meses del siguiente una grandiosidad inesperada, repercutió vivamente en todo el país.

Los sucesos sangrientos del primero de mayo de 1909, el asesinato de Ferrer, la caída del jefe de policía Falcón por obra de Radowitzky, etc. fueron acontecimientos que no podían dejar de influir sobre el ánimo de todo el proletariado y en especial de los anarquistas. El acto realizado por el Centro de estudios sociales como protesta por el asesinato de Ferrer en octubre de 1909 fué una de las más grandes manifestaciones populares que haya visto Santa Fe. En ese acto hicieron uso de la palabra el Dr. Panzolfo, Romeo Bonazzola, Angel Falco y el doctor Villarreal.

Se había llegado a tanto que el pensamiento de tener un órgano periodístico se hizo carne en los compañeros. Y en efecto, el 15 de abril de 1910 vió la luz el primer número de *Germen*, periódico de ideas. No tuvo larga vida, y no sabemos si salió más de dos números, porque en seguida se precipitaron los acontecimientos en Buenos Aires después del primero de mayo y la reacción hizo estragos en todo el país. Entre los colaboradores de ese periódico encontramos a E. Landry, Alfredo Durán, Mario Angelucci, etc.

No nos detenemos en el detalle de ese período del Centenario, de los grandes movimientos populares agitados por los anarquistas, de la propaganda y de la actividad inauditas de esos tiempos y de los golpes furiosos de la reacción a partir del 14 de mayo de 1910.

El Centro de estudios sociales de Santa Fe quedó casi abandonado a causa de la deportación en masa, de las prisiones y las persecuciones.

Eran realmente momentos de terror los que vivió el proletariado revolucionario durante casi un año a partir de mediados de mayo de 1910 y no puede extrañar a nadie que la ciudad de Santa Fe no haya constituido una excepción.

La biblioteca y los muebles del Centro fueron depositados en una plecta de la calle 25 de Mayo, el lugar que ocupan todavía, habiendo quedado casi solo a cargo de todo Miguel Expósito.

Después de la bomba misteriosa del teatro Colón de Buenos Aires, la burguesía reclamó y obtuvo una nueva ley de excepción contra los anarquistas, la ley de "defensa social", que junto con la de residencia decretada en 1902 en un momento de pánico, dió carta blanca a las autoridades policiales para proceder a su antojo y deportar o encarcelar sin control ni responsabilidad alguna.

Pasaron varios meses de inactividad forzosa. Expósito, con otros dos o tres compañeros, hacían bastante con pagar el alquiler del local que ocupaban los libros y muebles del Centro de estudios sociales. Y algunas veces las sumas necesarias fueron completadas con la venta de sillas y otros útiles del Centro. Pero existía la firme voluntad de volver a la luz del día y se buscaba la ocasión propicia para hacerlo. Indudablemente, nada que tuviera etiqueta anarquista sería permitido, dada la nueva situación legal creada. Por eso fué necesario buscar un subterfugio y se halló en la creación de una biblioteca popular. En efecto, en el diario "El Parque", del 16 de febrero de 1911, se podía leer la siguiente noticia:

"Con el objeto de difundir y cultivar con la mayor facilidad las lecturas instructivas, se ha fundado en esta localidad una biblioteca titulada "Emilio Zola".

"El local de esta biblioteca está situado en la calle 25 de Mayo, número 191; por lo tanto se pide a

todos los diarios, periódicos y revistas que quieran cooperar para su engrandecimiento quieran remitirles un ejemplar de sus ediciones.

"En ese mismo local está instalado provisoriamente la secretaría del comité pro enseñanza racionalista".

Era el nuevo nombre que se veía obligado a tomar el Centro de estudios sociales para poder existir.

Pero la apertura de la biblioteca no significó en modo alguno la reanimación del movimiento. Pasaron varios meses sin que entrase una persona nueva, aunque fuera a título de simple curiosidad, en el local. Fué preciso ir buscando uno por uno a los concurrentes, con diversos pretextos instructivos y demás. En 1912 vemos con Expósito ya a Mariano Ferrer, que había llegado a Santa Fe a causa de las persecuciones en Rosario, a Miguel Marmo, a Jesús Pascual, a Silvio Marani y a muy pocos más.

Una controversia ruidosa entre Expósito y el Dr. Gicca sobre librepensamiento y anarquismo suscitó muchas simpatías entre elementos jóvenes y una renovación de entusiasmo en los viejos.

Angel S. Caballero Martín, Mario Herrera, José Martínez y otros pusieron su entusiasmo al servicio de la propaganda libertaria. Se reorganiza la Federación Obrera Local Santafecina y la biblioteca Emilio Zola saca el 13 de octubre de 1913 un periódico, *Germen*, en el que encontramos un artículo *¡Ferrer!*, firmado por A. S. Caballero, que el autor no firmaría actualmente.

Ni el periódico *Germen* ni la Federación local se sostuvieron mucho tiempo, pero la propaganda no se detuvo ya y, aunque lentamente, fué intensificándose hasta llegar al momento de librar nuevas batallas al capitalismo.

En 1914 se fundó una sociedad de oficios varios, que defendió la orientación libertaria del movimiento obrero contra las tendencias sindicalistas, discusión que terminó con el predominio de los anarquistas. Tampoco los socialistas legalitarios tuvieron éxito en Santa Fe. En 1914 dió una conferencia el doctor Justo en el teatro Roma Nostra; atacó al anarquismo, se promovió un incidente y el público salió del teatro; al año siguiente, en ocasión de una conferencia del doctor Repetto, ocurrió algo parecido; y en 1916 Zacagnini tuvo buen cuidado de aceptar una controversia que se le había pedido.

De un manifiesto publicado en ocasión del escándalo producido en la conferencia del doctor Repetto, transcribimos los fragmentos que siguen:

"Que sirva el presente manifiesto de contestación a esa parte de la prensa compuesta de gacetilleros ramplones que, tergiversando la verdad de lo ocurrido en el incidente que se produjo durante la conferencia del Dr. Repetto, pretendieron denigrarnos; y que sirva también de contestación al manifiestito lanzado por "un grupo de socialistas", en cuya hoja se destaca solamente la más soez mentira, la impostura más vergonzosa, rebajándose sus autores al más bajo nivel de los calumniadores, pues las afirmaciones que se hacen en él son completamente falsas, caprichosas y antojadizas... Y por último que sirva de contestación a todos los que desean saber de parte de quién está la razón, que los únicos promotores y causantes del aludido incidente fueron los socialistas mismos, ellos, que habían tomado todas las medidas estratégicas por si acaso alguien se hubiera atrevido a refutar lo dicho por su leader, ellos que de antemano ya habían sindica-

do a la policía las personas que a su juicio eran peligrosas, ellos y nada más que ellos, fueron los promotores de ese incidente y quienes lo provocaron, valiéndose de una estratagema"...

Esos incidentes tuvieron siempre por motivo la negativa de los socialistas a controvertir públicamente con los anarquistas sobre sus afirmaciones caprichosas contra nuestras ideas. La situación ha cambiado en estos últimos diez años y son raros los actos en que se encuentran anarquistas y socialistas, como se hicieron raros aquellos en que se encuentran las diversas fracciones del anarquismo. Y eso es un mal para el progreso de las ideas y para su divulgación.

Una oleada de entusiasmos jóvenes y los acontecimientos de la lucha revolucionaria en el resto del país, sirvieron de fundamento a un nuevo período de agresividad subversiva a partir de 1917.

Armando Molina, Antonio Ortega y otros muchos se hacen intérpretes de esa renovación. Molina tuvo en agosto de 1917 una brillante controversia con el doctor Villarreal sobre las ideas anarquistas en la biblioteca Mariano Moreno, y Ortega fué uno de los inspiradores de los movimientos fulminantes de los ferroviarios del F. C. S. F., del famoso del 30 de agosto que se inició con un formidable sabotaje y en pocas horas fué solucionado de acuerdo a las condiciones presentadas. El 15 de agosto vemos un nuevo periódico, *Verdad*, (redacción: Mario Angelucci; administrador Silvio Marani); no sabemos cuantos números apareció. A este periódico le sucedió al año siguiente *La revuelta*, de Teófilo Ductil y Julio Díaz.

Nos sería imposible una descripción detallada de todos los movimientos obreros inspirados por los anarquistas de la localidad, de su acción y propaganda en la tribuna y en la prensa a partir de 1917. Como es natural, se produjo por efecto de la revolución rusa, de la terminación de la guerra, de las agitaciones revolucionarias en Europa y en el propio país, un estado de ánimo exaltado en los elementos rebeldes de Santa Fe.

Los conflictos obreros entre los ferroviarios, en el puerto, en casi todos los gremios se pusieron a la orden del día y nuestros compañeros fueron casi siempre el alma de todas esas luchas, sus inspiradores y orientadores. Se reorganizó una Federación obrera local bastante fuerte, numéricamente la más sólida de cuantas se fundaron en la ciudad hasta entonces y después; vivió desde 1919 a 1923 aproximadamente. Luego volvió a producirse un *statu quo*, interrumpido relativamente hacia 1927 en lo que a movimiento sindical se refiere y hoy, nuevamente, en este aspecto, estamos en momentos de flujo, de crisis, de decadencia. Se sabe por experiencia que al decaimiento de una hora sucede la exaltación y el repunte de otra y por eso se alienta la esperanza continua de que llegarán días mejores.

La idea de la agremiación proletaria, cualquiera que sea la suerte que corra en determinados momentos, se ha hecho de tal modo familiar a los trabajadores que no hay temor de que se le desarraigue. Esa situación en esta localidad ha sido principalmente obra de un largo y tenaz esfuerzo de los anarquistas. Ciertamente, no pudieron ni podrán evitar que esa idea de agremiación y de lucha contra el capitalismo, se convierta en poder de los malos

pastores en un instrumento de apoyo al capitalismo y el Estado.

En cuanto a obra cultural, si antes había un centro de estudios sociales, después convertido en Biblioteca Emilio Zola, hoy tenemos tres o cuatro bibliotecas situadas en barrios distintos, cada una de las cuales es un centro de acción y de esfuerzo. Una de esas bibliotecas, "El Porvenir", viene publicando desde hace años un periódico (que temporalmente fué revista) *Orientación*. Esta hoja vé la luz desde el 15 de julio de 1924, editada primeramente por una agrupación gráfica libertaria.

Otros periódicos y revistas, *Inquietud*, *La Obra*, aparecieron en el transcurso de los últimos seis o siete años, con mayor o menor vitalidad, pero reveladores siempre de que algunos progresos proselitistas serían indudables si comparamos el número actual de los compañeros con los que se reunían hace veinte o veinticinco años en el Centro de estudios sociales.

Completan esa labor cultural varios cuadros filodramáticos que llevan periódicamente al teatro obras de carácter social y mantienen así un público más o menos grande en torno al esfuerzo libertario.

Cuando hay la posibilidad para ello, la agitación callejera se hace incesantemente con una magnífica constancia.

En una palabra, cuando se hace abstracción de los personalismos que tan usuales se han vuelto en los últimos años, el compañero recién llegado tiene ante sí un campo vasto de actividad y puede ocupar todas sus horas libres en labores de propaganda, y ese espectáculo puede satisfacerle y ser por un tiempo su ambiente favorito para el despliegue de todas sus energías. Esos camaradas, tan generosamente entregados a la propaganda menuda, con todas sus horas ocupadas en reuniones, conferencias, reparto de periódicos, pegada de carteles, etc., etc. no comprenderán fácilmente nuestras consideraciones y nuestro descontento y se figurarán quizás que no tenemos razón para remover problemas y buscar medios de acción proselitista y de propaganda más eficaces. Nos comprenderán mejor cuando, después de pasada la fiebre del noviciado, se detengan algunos momentos a reflexionar sobre las energías gastadas, los resultados obtenidos y las perspectivas del porvenir. Entonces, la mayoría de ellos, como la generalidad de los que les precedieron en esa tarea, experimentarán un sentimiento de desaliento y se apartarán de la lucha. Otros ocuparán su puesto, seguramente, y esa convicción es consoladora. Pero es precisamente esa constatación la que nos mueve a nosotros a pensar en los medios de retener tantas buenas fuerzas que al cabo de un tiempo, una vez llegadas a cierto grado de saturación en la propaganda, no encuentran bastantes motivos de atracción para seguir contribuyendo con sus energías al progreso y a la difusión de una gran causa.

No hace falta que nombremos a nadie. Pero es fácil descubrir antiguos compañeros en todos los órdenes de actividades, alejados material y espiritualmente de las ideas que alentaron un tiempo. En el periodismo, en la política, en el comercio, en la in-

dustria, en la burocracia, etc. encontramos antiguos camaradas. ¿Y qué se ha hecho también de la gran masa proletaria que sigue siendo proletaria pero que ya no tiene en nuestras ideas o en nuestras organizaciones la fe que tuviera?

No sabemos si a los demás compañeros se les ha ocurrido reflexionar sobre las causas probables de esa circulación permanente por las filas del movimiento anarquista y de la poca estabilidad que se advierte en los compañeros. En cuatro o cinco años se renueva casi enteramente el personal de militantes. Eso debe tener sus motivos. Nosotros no queremos acusar de flojeza o de malas intenciones a los que se fueron ayer, a los que se fueron antes, como no queremos tirar piedras a tantos buenos compañeros que se irán mañana, aunque hoy son incansables, voluntariosos, siempre dispuestos a la labor de propaganda. Lo que queremos es buscar el medio de retenerlos, siempre, el medio de poder contar con tantas buenas intenciones y con propósitos tan generosos. Y para eso pensamos que hay que aplicar a la propaganda una interpretación más amplia, como para no encerrarse en ninguna especie de rutina, y sin abandonar ninguna de nuestras tareas actuales, tratar de completarlas por todos los medios que la acción directa y la propaganda por el hecho nos aconsejen.

Los veinticinco o treinta años que tiene ya la propaganda anarquista en Santa Fe, con su labor cultural de las bibliotecas y conferencias, con su organización de sindicatos y de movimientos de resistencia al capitalismo y al Estado, nos dicen ya lo que se puede esperar si continuamos en el mismo tono otros veinticinco o treinta años. No serán esfuerzos perdidos enteramente, pero lo que es dudoso es que, siguiendo así, estemos en 1960 más cerca de la revolución social que en 1929. Tendremos al llegar aquella fecha una buena serie de movimientos proletarios que enumerar, tendremos tiempo de ver resurgir y declinar diez o quince veces nuestros sindicatos y posiblemente enumeraremos varias bibliotecas más. Pero en 1960 estaremos mucho más que hoy todavía en los engranajes del proceso capitalista de producción y de vida y, mientras en algunas horas libres reivindicaremos la libertad de proclamar nuestras convicciones anarquistas, en el resto del tiempo, en el taller, en la fábrica, en la obra, continuaremos haciendo engordar con nuestro trabajo a los capitalistas y a los políticos, lo mismo que los que no piensan absolutamente en la revolución.

Compárese el pasado del movimiento anarquista en Santa Fe y el porvenir que puede esperar lógicamente, con la renovación espiritual propuesta por Nettlau en estas mismas páginas y sostenida también por nosotros, y se verá en qué grado somos los dueños de nuestro destino con sólo tener la audacia suficiente para comenzar en el sentido señalado, y en qué medida, por pereza mental, por rutina, conspiramos contra el verdadero progreso de las propias ideas y nos acomodamos en la vida práctica a la santa servidumbre voluntaria.

FIGURAS NUESTRAS



MAX NETTLAU

61 años cumplidos, Max Nettlau, el prototipo de una vida de labor y de investigaciones, es uno de los más altos valores intelectuales del anarquismo. Casi él solo, con Rocker y algunos pocos más, prosigue la elaboración de las ideas y el enriquecimiento del arsenal mental de los anarquistas. A sus vastísimos conocimientos une una sencillez extrema y una tolerancia para los pequeños errores ajenos que sólo una gran sabiduría y un gran corazón pueden dar.

Pero está muy lejos de nuestra intención el hacer aquí el elogio de un hombre a quien consideramos como la columna vertebral de esta revista, la cual, sin su ayuda, no hubiera alcanzado el prestigio que tiene. Y esta revista es sólo una de las tantas actividades de Nettlau, cuya obra es múltiple y cuya capacidad de trabajo no tiene límites.

Ninguno es más fecundo que él en el fomento del espíritu libertario en su más rica variedad de matices. Además, como historiógrafo social se le considera internacionalmente uno de los más prestigiosos maestros.

Serían nuestros más fervientes deseos que las numerosas obras de Max Nettlau, en parte inéditas, en parte conocidas sólo en otros idiomas, fuesen conocidas, divulgadas y estudiadas en español por nuestros camaradas para la mejor formación de su personalidad libertaria. Sólo con el conocimiento de lo que hemos sido y de lo que somos podremos determinar con claridad y a conciencia lo que seremos.

Por más que muchos lectores de esta revista estaban deseosos de conocer, aunque no fuese más que a través del retrato, a Max Nettlau, nosotros no nos hubiésemos atrevido nunca a proponer a nuestro compañero que nos hiciera posible la satisfacción de ese deseo. Otros lo han hecho, sin embargo, y hoy publicamos su retrato, seguros de que los que tanto le deben ideológicamente han de sentir una gran alegría. A los

De la verdad y de la contradicción

Carta de P. J. Proudhon a M. Clerc

Pasay, 4 de marzo de 1863

Mi querido capitán (perdóneme si me engaño sobre el título; no sé a qué responde justamente el grado de jefe de escuadrón), he leído con mucho interés y mucho placer su buena carta del 28 del pasado; la partida viajera ha agradado mucho a mi mujer y a mis hijas; la de las *Observaciones críticas* me ha causado todavía más placer, tanto por su sinceridad como por lo que me ha revelado de la situación de su espíritu y de mi propia torpeza. Usted lo sabe, hay explicaciones que no acaban nunca por correspondencia y las cuales se cortan en dos minutos de conversación. Otras veces es lo contrario lo que ocurre: una objeción claramente formulada por escrito, una duda, bien expresada, hacen avanzar más las cosas de lo que harían diez horas de diálogo. Yo creo que es lo que ocurre hoy entre nosotros, así como espero demostrárselo de inmediato. Para eso le suplico que no tienda todas las fibras de su cerebro, como si yo fuese a decirle una cosa muy abstrusa, muy complicada; no tengo que hacer aquí razonamiento, no tengo que recordar más que un hecho, muy interesante, es verdad, pero de los más sencillos.

Una observación previa. Observe, mi excelente capitán, que no me releo nunca; ante todo porque una vez salido mi pensamiento de la cabeza y dado a luz por escrito, me repugna verlo; releer lo que he publicado es para mí como si, según una comparación de la Biblia, tuviese que volver a devorar mi vómito. En segundo lugar, me interesa ante todo escribir en la franqueza de mi sentimiento y en la frescura de mi idea; desconfío de un autor que tiene la pretensión de ser a veinticinco años de distancia idéntico a sí mismo, y adecuado a su propio pensamiento. Es un modo de imponerse al lector, que me es odioso, y que no revela más que mentira y orgullo. Todos estamos sujetos a errar, y debemos comenzar por reconocerlo humildemente. La verdad es una, pero se nos aparece en fragmentos bajo ángulos muy diversos; nuestro deber es expresarla tal como la vemos, aun a costa de contradecirnos, realmente o en apariencia.

Esto le parecerá quizás singular, querido capitán; pero reflexionando en ello reconocerá que, desde el punto de vista de la sinceridad, tengo razón. La verdad es el precio de un largo trabajo; tiene muchas facetas diversas, a menudo parece contradecirse; es por eso que estamos mucho más expuestos a desnaturalizarla al querernos poner siempre de acuerdo, que al decir buenamente, cada día, y sobre cada cosa, lo que pensamos y lo que vemos. He ahí por

qué no odio de ningún modo a un autor sujeto a contradecirse, siempre que lo haga con buena fe y no por estupidez; y por qué, por consiguiente, me inquieto tan poco yo mismo por las contradicciones, aparentes o reales, que pueden encontrarse en mis diversas publicaciones. La sociedad humana, el mundo moral es un caleidoscopio infinito: ¿cómo quiere que responda de ser siempre perfectamente lógico, consecuente, adecuado conmigo mismo? Es imposible.

Volviendo ahora a la dificultad que le ha afectado en mi libro de la "Guerra y la paz", he aquí lo que le hubiera respondido si hubiese estado a mis espaldas el día que escribí los pasajes que usted me cita, y al haberme hecho percibir la contradicción que existe entre esos pasajes y el libro "De la justice":

Ud. tiene perfectamente razón, capitán, lo que hoy digo de la guerra no parece concordar de ningún modo con lo que he escrito otra vez sobre el trabajo; pero no es una razón para que retenga mi pensamiento actual; eso prueba simplemente que la contradicción está entre los dos fenómenos: el fenómeno guerrero y el fenómeno económico. No son, pues, las palabras del autor las que tenemos que conciliar aquí, son los dos fenómenos.

¿Pueden conciliarse esos fenómenos? No, ciertamente, en tanto que se les consideraría como perteneciendo al mismo sujeto, a la misma humanidad, obrando en la misma época, en virtud del mismo impulso y bajo la misma fe.

Pero estos fenómenos se armonizan, es decir que, aunque contradictorios por su esencia, pertenecen al mismo sujeto, pero en épocas diferentes de su vida, y revelan su naturaleza y su destino bajo fórmulas diferentes.

Esta interpretación, por lo demás, no es mía: es de la filosofía más auténtica y de toda la antigüedad. Cristo, por ejemplo, ha comprendido claramente y declarado que la antigua religión mosaica era el conjunto de la historia del pueblo hebreo y una "figura" de la religión que anunciaba, que el sacrificio sangriento de Moisés era el símbolo del de la Cruz, y la ofrenda del pan y del vino de Melchisedec una imagen de la Eucaristía. Toda la teología ha entrado en esa vía interpretativa. La filosofía, a su vez, ha hecho lo mismo respecto del politeísmo; y en sus últimos tiempos, el célebre Saint Simón, fundador de una secta hoy tan poco digna de él, ha explicado del mismo modo el régimen "feudal y militar" como siendo, en la serie histórica, el precursor de la manifestación mítica del régimen económico e industrial. Es, en resumidas cuentas, lo

que digo yo mismo en mi libro de *La Guerra y la paz* cuando, analizando el derecho de la fuerza y siguiéndole en sus consecuencias jurídicas, lo muestro concluyendo en el derecho a la paz y a la conversión del militarismo en organización industrial.

Si, querido y excelente M. Clerc, en las previsiones evolutivas de nuestra especie, es la figuración de un orden de cosas que la niega y la excluye, pero que sin embargo retiene de ella los rasgos principales, a saber: que cada uno debe pagar con su persona, como en el ejército, que la concurrencia es la ley del trabajo libre, como en una batalla; que el bienestar para cada uno está en razón de su esfuerzo, como lo enseña el derecho de la fuerza, etc., etc. De suerte que nuestra humanidad, transformándose, al pasar del régimen militar al régimen industrial, regímenes diametralmente opuestos, queda fiel a sí misma, siempre animada del mismo espíritu de justicia y de libertad.

Observe una cosa que muestra hasta donde va esa multiplicidad de los aspectos de la naturaleza humana.

No es dudoso que en virtud de la ley de "progreso" la primera edad de la humanidad haya tenido por carácter principal la guerra o el ejercicio del derecho elemental de la fuerza, y que la edad posterior sea marcada por el trabajo, ejercicio de los derechos diversos del pensamiento y de la industria. Pero, independientemente de esta sucesión de los dos "regímenes", las dos ideas son contemporáneas y de igual antigüedad, porque todas las ideas son iguales en el espíritu; mucho más, su manifestación por la palabra y en las instituciones es también contemporánea. Isis, Ceres, Triptolemo, son en el origen cosas, como Marte y Belona; el Trabajador y el Guerrero son el mismo personaje, como lo muestra con tanto brillo y elocuencia el pueblo romano, ese pueblo trabajador y guerrero por excelencia; de tal modo que en derecho y en principio las costumbres de la guerra y las costumbres de la paz son igualmente primitivas; que todo lo que hemos dicho de la una, podemos decirlo de la otra; que en el fondo, el hecho es el mismo, jurídica y constitucionalmente hablando; aunque el trabajo militar ocupa el mayor puesto en la primera época y la guerra a la miseria o la producción industrial desempeña un papel más grande en la segunda.

He aquí pues la corrección que le propongo hacer a mi obra de la "Guerra y de la paz" y a la "De la Justice".

Los hechos han sido bien observados y fielmente descritos en las dos obras; su significado es exacto. Una sola cosa falta allí, es completar los dos escritos uno con otro, mostrando que el "trabajo y la guerra", contrarios e incompatibles, son dos términos correlativos que traducen la misma ley y revelan la misma moralidad y el mismo destino. Este modo de encarar hechos de naturaleza tan opuesta, tan inconciliable, tiene por lo demás en apoyo toda la exégesis antigua, y la filosofía moderna, especialmente la de Hegel.

Si en la obra "De la Justice", o en la de la "Guerra et la Paix", hay expresiones que parecen demasiado absolutas, o demasiado exclusivas, está entendido que estas expresiones deben ser suavizadas en el sentido que acaba de ser indicado, tanto mejor cuanto que el autor sabe bien que estando la sociedad en evolución continua, la verdad no puede ser

alcanzada jamás en su fórmula superior, la más general, la más absoluta.

Sería feliz, querido señor Clerc, si esta explicación le bastase tanto como me satisface a mí mismo. No es ayer, en verdad, cuando tuve ocasión de observar esta movilidad perpetua de la verdad, que los semi-filósofos toman por un engaño, sea de la naturaleza o de la providencia, sea de nuestro propio entendimiento, y que no es otra cosa que la revelación incesante y polimórfica de la verdad misma. Acusar aquí a la diversidad de las fases humanas ¿no sería tanto como acusar a la variedad misma de la creación? La naturaleza ¿ha mentido porque nos muestra el Ser tanto bajo forma animal, tanto bajo forma vegetal, mineral o gaseiforme? ¿Sería más verídica, en su opinión, si se redujese a una masa homogénea, uniforme e inmóvil? ¿Tendría usted más fe en la "rúdis indigesta que moles" de antes del Génesis, que en el paraíso terrestre del séptimo día?

Tal es nuestra humana naturaleza. Nuestras leyes, las condiciones de nuestra existencia están dadas; nuestro destino sigue; evoluciona en fases sucesivas, todas con origen común y que se relacionan, por una misma ecuación, al mismo principio. ¿Por qué es así? Yo no lo sé; pero constato que es así. ¿Es por la guerra o por el trabajo por donde ha comenzado el género humano?

Escuche los mitos antiguos: le dirán alternativamente que el trabajo es primordial; después que es la guerra; que la guerra ha comenzado al fin de la edad de oro, pero que en tiempos de la edad de oro no se trabajaba; le representan los dioses como dioses de paz y dioses de combate; le dicen que Jehovah es un guerrero; que antes de haber hecho al hombre, era jefe del ejército del cielo. "Deus sabaoth"; pues es él o uno de sus ángeles el que nos ha enseñado a hablar, a trabajar, etc.

Todo eso es dado en revoltijo, en la misma fecha por la misma revelación y, lo que es más extraño, considerado sucesivamente como obra del buen principio e influencia del malo.

¿Qué concluir de toda esa mitología? Nada más sino que la humanidad procede por fases, que sus ideas son todas contemporáneas, pero que se priman y se subalternizan sucesivamente, sometidas por otra parte a la misma ley y tendiendo al mismo destino, de suerte que la sociedad se revela igualmente, enteramente y desde el origen, por el trabajo y por la guerra, sin perjuicio de lo demás.

Acabo de enviar a la imprenta mis "Majorats littéraires", que usted no conoce todavía, según creo. Opúsculo de 260 páginas, que aparecerá dentro de ocho días. Usted vé que saco materia de su crítica. Critique siempre, capitán, pero recuérdese sólo de lo que le he dicho. Para ser más "sincero", yo olvido mis antiguos libros y no me releo más. Con tales hábitos deben encontrarse frecuentemente en mí cosas de conciliación difícil; pero antes de tomar partido por unas o por otras, usted debe preguntarse si esas proposiciones contrarias no son verdaderas simultáneamente, lo que ocurre con frecuencia en filosofía; en este caso, usted no tendrá más que un solo reproche que hacer al autor, que es el de no haber sabido más de lo que supo, lo que no es un reproche.

Le estrecho la mano, capitán, muy cordialmente.

P. J. PROUDHON

LUIS FABBRI

UNA INTRANSIGENCIA NECESARIA

La característica más saliente del anarquismo, sin la cual toda idea anarquista es inconcebible, es la reivindicación de la libertad integral para todos. Esta presupone, es verdad, la existencia de una organización social que haga prácticamente posible tal libertad, — pues no puede haber libertad donde todos no somos libres, es decir donde haya todavía explotados y explotadores, gobiernos y gobernados, — pero también desde hoy, incluso en los períodos transitorios pre-revolucionarios y revolucionarios, hasta que sea posible un régimen anarquista, en la propaganda y en la acción práctica, el anarquismo sería inconsecuente y de hecho renegaría de sí mismo si abandonase realmente los caminos de la libertad.

En los métodos de lucha y en la revolución la orientación anarquista consiste y consistirá en combatir todos los sistemas y las actitudes autoritarias, en defender la propia libertad de propaganda, de asociación y de experimentación para sí, sin lesionarla en los otros, en no sufrir las imposiciones ajenas y en rebelarse contra ellas, pero al mismo tiempo sin pretender imponer por la fuerza a los otros la propia actitud, el propio método, la propia orientación teórica y táctica. Sobre esto no es posible ninguna transacción, y la intransigencia es indispensable; fuera de ella todo movimiento, aun diciéndose anarquista, degeneraría en sentido autoritario y tarde o temprano sería sofocado por los mismos sistemas, muerto con las mismas armas por él incautamente adoptadas.

La anarquía, en el sentido social y no solamente individualista de la palabra, es posible sólo en tanto que es posible poner en armonía todas las libertades entre sí, de modo que la una no viole las otras y viceversa. Es decir se convierte en un problema de organización: la organización de la libertad de todos.

Se trata, precisamente, de fundar, según el anarquismo, la vida social y todas las relaciones humanas sobre el "acuerdo" voluntario y no ya sobre la imposición con la fuerza como se rigieron hasta aquí las sociedades humanas. Es decir, se trata de sustituir por la organización libertaria o anarquista, todas las relaciones de la vida en la actual organización autoritaria y estatal.

¿Es posible esto? Si, sí, como nosotros, anarquistas, creemos, entonces la anarquía es posible. De otro modo, si hubiese de haber siempre necesidad de "imponer por la fuerza el bien" sea a una minoría o a una mayoría, entonces sería propiamente inútil engañarnos a nosotros mismos y a los demás: la anarquía no sería posible, y solamente sería posible, en la mejor hipótesis, una libertad de radio reducido, indigno de ese nombre, de la cual podría

usufructuar un número más o menos restringido de privilegiados, en comparación con las grandes masas que quedan esclavas. Si fuésemos partidarios de una libertad que se basase en la imposición podríamos ser y decirnos todo lo que se quiera, — comunistas bolchevistas, socialdemócratas, liberales, republicanos, monárquicos, incluso fascistas, — pero no anarquistas, ciertamente!

Muchos revolucionarios, por aquella sugestión irresistible que ejerció el éxito material sobre los espíritus unilaterales o superficiales, después de la victoria bolchevista sobre la revolución rusa olvidaron lo que debería ser tarea principal de toda revolución: la tarea de dar y asegurar a los emancipados de los viejos yugos una libertad completa, estable y duradera — y se convirtieron en partidarios del Estado centralizado en la dictadura, separándose de los compañeros que habían quedado fieles al ideal de la libertad.

Pero algunos de ellos han reconocido que se habían equivocado. Conozco más de uno que ha ido con los comunistas dictatoriales, y ha militado algún tiempo con ellos, pero después acabó por salir del partido. Uno de ellos, bastante conocido, me escribía en estos días, desde una capital europea, a propósito del arresto de Francesco Ghezzi en Rusia: "Todos los regímenes autocráticos son los mismos". Y el mismo fenómeno se ha producido respecto de algunos sindicalistas y anarco-sindicalistas. Una de las más importantes fracciones de la oposición comunista, ahora fuera del partido, es constituida en Francia por el simpático grupo encabezado por Pierre Monatte, que un tiempo militó en el campo anarquista.

Todo esto se explica. Al contacto con los hechos y la experiencia bolchevista en la revolución rusa se constata de nuevo lo que los Proudhon, los Bakunin, los Reclus, etc. habían observado en las revoluciones europeas de la primera mitad del siglo pasado: que la falta de libertad parece facilitar en primer momento la tarea destructiva de la revolución, pero eso es sólo en apariencia, mientras de hecho sin libertad la revolución muere muy pronto asfixiada. Lo que queda y usurpa a veces el nombre de revolución, no es en realidad más que reacción y contrarrevolución. Pero sin embargo, no todos los revolucionarios comprenden esto, precisamente por la falta en ellos de la pasión de libertad. Sinceros y ardientes, quedan aferrados a un cadáver y allentan así la discordia obrera, preparando para ellos y para los demás terribles desilusiones.

Los anarquistas, salvo la excepción de algunas pobres hojas secas que se separan del árbol del movimiento libertario y acaban en otros campos, no han seguido el ejemplo de los revolucionarios autorita-

rios, no han olvidado la verdad tantas veces afirmada y confirmada por la experiencia histórica. Sobre esto se hallan todos de acuerdo, sin distinción de tendencias, con el pensamiento que expresaba Malatesta no hace mucho, de que "la anarquía hecha toda de libertad, no puede imponerse con la fuerza por la contradicción que no lo consiente".

Verdaderamente un poco de confusión había penetrado en los ambientes anarquistas italianos en 1917-19 a tal respecto, después de la difusión con una cierta fortuna en el público subversivo de la fraseología bolchevista. Pero fué cosa superficial, brevísima, y más que otra cosa el equivoco debido a los diversos significados dados a las palabras. En realidad todos los anarquistas estaban entonces mismos de acuerdo, como se vió claramente en algunas reuniones celebradas precisamente a fines de 1918 y en 1919 en varias partes de Italia por organizaciones anarquistas y locales, y luego en los diversos congresos nacionales hasta 1921. Todas esas reuniones convinieron en el concepto que no sólo lo futura organización de la sociedad, sino también la acción y la orientación del movimiento anarquista desde hoy, como la conducta anarquista en la revolución, no pueden y no podrían menos de ser acción, orientación y conducta de libertad, sin cesar de ser prácticos y posibles.

Y es verdad. En el terreno práctico, de la propaganda y del movimiento, en el terreno experimental y real, libertario y revolucionario, hay mucho que hacer, permaneciendo siempre idealistas y hombres de pensamiento, en el sentido modesto y común de estas palabras. No podría ser de otro modo, pues la acción no iluminada por una idea ni guiada por un pensamiento, sería acción de descerebrados.

Mucho hay que hacer, mucho se puede hacer, y

no poco se podría realizar de lo que está en nuestras aspiraciones. Pero el camino mejor para triunfar, — pero no digo que sea el más fácil y cómodo — es propiamente el que no pierde nunca el objetivo final; el que desdén las transacciones y las renunciaciones; el que no rechaza y no niega la ayuda, y no la cambalachea, a ninguna fuerza de progreso y de rebelión; el que se dirige hacia el objetivo anarquista de libertad y de justicia, y no le vuelve las espaldas, y no toma sendas y atajos que lo conducen propiamente al punto opuesto.

Ahora bien; este camino, rectilíneo y coherente tanto como práctico y conclusivo, es posible: existe. Es trazado por la táctica anarquista, por la concepción libertaria del movimiento revolucionario. Ciertamente este movimiento no consiste sólo en la propaganda oral y escrita; la idea debe tener sus instrumentos de lucha y de afirmación, sus organizaciones de militantes, sus experimentos de vida, su actividad en el mundo sindical, en el campo cultural y de la educación etc. Se puede ser prácticos, en suma, y quedar en la realidad de las cosas terrenas, hacer acción y movimiento profucos, construir cosas sólidas, — es decir salir del sueño y de la utopía, — y hacer en fin la revolución, quedando siempre fieles al programa anarquista, sin renunciar a ninguna partícula del ideal de la libertad.

Digo más. Sólo no renunciando a parte alguna del propio programa, especialmente a sus postulados de libertad, se hacen posibles cosas reales y positivas, realizaciones anarquistas y revolucionarias al mismo tiempo. Con las renunciaciones y las transacciones no se haría más que privar de todo fundamento a cualquier construcción futura propia. Y esta se derrumbaría, sin la sólida base del ideal, a la primera tempestad, al primer soplo del viento...

MAX NETTLAU

De la organización a la asociación

Con el que no limita sus deseos al Estado burocrático socialista, en el que masas amorfas son gobernadas y administradas por socialdemócratas y por bolchevistas, sino que considera como objetivo la sociedad socialista, de hombres libres con ese quisiera y deliberar aquí si no hay que dar por fin en la mayor proporción posible el paso mencionado en el epígrafe, de la organización a la asociación; según lo que veo, estamos superorganizados hasta la saciedad, pero infraasociados hasta la anemia y quisiera intentar explicar eso más detalladamente.

Suficiente experiencia muestra que la expansión numérica de los partidos socialistas y de los sindicatos entraña una impotencia interna creciente y un vacío espiritual. Lo mismo experimentó hace mucho toda religión, en cuanto salió del estadio entusiasta del comienzo, lo mismo experimentaron las viejas tendencias progresivas, el liberalismo, el radicalismo en su crecimiento a la categoría de grandes partidos reconocidos. Y eso mismo es de prever que no ha de quedar ahorrado por tanto al sindicalismo y hasta al anarquismo, si avanzan por el mismo camino, por el camino del crecimiento mecánico, exterior, por mera integración al partido, por la adhesión a la organización y demás.

La causa está en el número restringido de los hombres eventualmente dispuestos enteramente para las ideas de una determinada tendencia. De estos, debido a los incidentes de la actividad propagandística, no son alcanzados realmente nunca todos por la propaganda, pero en cambio se llega a otros que sólo están dispuestos en menor grado o nada absolutamente, de modo que, cuanto mayor es el número, tanto más desigual tiene que ser la composición de la muchedumbre, aun cuando prevalezcan en tan gran medida en el trabajo de organización condiciones del todo externas, la pertenencia a una clase.

Pues por mucho que la lucha cotidiana inmediata del pueblo laborioso sea una lucha de clases contra los usurpadores de las materias primas y de los medios de producción, toda solución realmente socialista es una lucha humana de las partes sociales y libertarias contra las antisociales y autoritarias de la humanidad total, y sería una falta terrible el poner en unión aparentemente indisoluble la idea socialista emancipadora con las actuales luchas de clase, con lo cual el sentimiento socialista se deteriora y se gasta en esas luchas diarias y el so-

cialismo al parecer queda ligado a todos esos fenómenos variables.

Como no se puede servir simultáneamente a dos tendencias, resulta de ahí o bien un crecimiento correspondiente a las luchas de clase y de poder a la categoría de partido de millones, de organización de millones o un crecimiento ínfimo, una permanencia en el pequeño número de los dispuestos en realidad espiritualmente y de los alcanzados por la propaganda. Aquí no hay nada que modificar y la esperanza de ver crecer la pequeña organización realmente sometida a las ideas a la categoría de organización realmente grande, es engañosa: una afluencia que supere al crecimiento normal sólo podría tener lugar por coyunturas exteriores efímeras o por la aceptación de los menos dispuestos y produciría una agrupación de millones tan impotente como han sido ya todos los partidos de millones. Esos organismos gigantes pierden su propia vida interior; se convierten en organismos despóticos jerárquicamente dirigidos, como los ejércitos, o en masas perezosas, que votan y cotizan cuando es debido, cuyos movimientos controla igualmente una jerarquía de jefes. Como la naturaleza ha eliminado los saurios extraordinariamente grandes de la prehistoria, también los grandes partidos y las organizaciones en donde la idea se debilita y palidece, están condenados a la decadencia. Lo mismo que para el mundo animal o de las plantas después de tales experiencias resultaron proporciones que correspondían a las condiciones de vida dadas en la superficie terrestre por diversidad de factores, así se tendrá también el tamaño y la composición de los grupos para las luchas sociales, dependientes de factores dados y no prescritos por suposiciones o dogmas y que no pueden ser abandonados al azar y considerados como discrecionalmente capaces de aumento.

Nada sería más hermoso que todo esto fuese distinto, pero si tras los millones de obreros que nominalmente votan y están organizados de un modo socialista hubiese una fuerza moral y espiritual efectiva y una voluntad socialista, el mundo tendría otro aspecto. Sólo vemos, si levantamos la mirada de los periódicos y de los ambientes socialistas, un mundo de indiferencia, de ignorancia y de hostilidad a nuestro alrededor, que es muy grande, aun cuando aquí y allá haya socialistas que poseen una cierta esfera de poder, lo que generalmente intensifica la

Una obra de información y de cultura revolucionaria

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

Crítica informativa diaria. La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos.

Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero.

Colaboradores en los diversos países.

El número suelto: 0.10 cts.

Suscripción mensual, incluso el SUPLEMENTO quincenal, \$ 2.50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A NOMBRE DE MARIANO TORRENTE; CALLE PERÚ N.º 1537. — BUENOS AIRES — REPÚBLICA ARGENTINA

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico.

El número suelto, \$ 0.20 cts.

Suscripción trimestral, \$ 1.50.

Anual, \$ 5.—

EDITORIAL

"La Protesta"

Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

hostilidad general, que no está limitada a los círculos capitalistas. La fuerza de atracción real del socialismo ha decrecido de un modo desesperante, justamente porque los partidos y las organizaciones de millones no han hecho nada que parezca efectivamente precioso a la humanidad, mientras que en cambio originan el enorme daño de combatir, de perjudicar y cerrar todo lo posible la publicidad por su grandilocuencia que representa supuestamente todo el socialismo, a los grupos sindicalistas, anarquistas, etc. que han permanecido socialistas y por consiguiente pequeños; donde tienen el poder para ello, como en Rusia, tratan de aniquilarlos físicamente. Así es como de año en año la acción bolchevista en Rusia, la excitación comunista y la adaptación socialdemócrata a las condiciones existentes en los otros países, la política y la diplomacia cada vez más vacilantes e indecisas de los grandes sindicatos, empobrecen al mundo de simpatías socialistas y tornan más ineficaces también los esfuerzos sindicalistas y anarquistas, justamente porque el proceder de aquellas tendencias levanta un muro entre todo el socialismo y el mundo circundante. Si no fuese así, el fascismo, el nacionalismo, la racionalización y muchas otras cosas en su brutalidad y en su fealdad no habrían prosperado ni sido posibles. Es preciso que se diga que lo que se ofrece a la humanidad por las tendencias primeramente nombradas como socialismo, es rechazado con seguro instinto como no suficiente, y las voces del socialismo libertario no son todavía bastante fuertes para explicar ese engaño, para quitar la máscara al socialismo falsificado.

¿Qué podría hacerse contra eso? Ante todo opino que se debieran sustituir las aspiraciones de expansión, el culto a la organización por el trabajo socialista intensivo, que conduce a la cooperación adecuada, a la asociación.

No soy adversario de la organización, pero soy adversario de la fe en el poder de la organización en sí y por sí. Todo trabajo necesita un empleo de fuerzas determinado, según las condiciones; un empleo menor es insuficiente, uno mayor es un derroche de energías o es nocivo de otro modo. Esto se deja a un lado en la organización mecánica, poniendo un miembro junto al otro, y de ese modo quedan inactivas incontables energías. Si el objetivo es hacer todo lo posible en pro del socialismo, entonces cada cual debe poner las manos en la masa, cada cual debe obrar, y esto no se hace simplemente si en todas las tendencias la gran mayoría son mejores miembros que sólo llegan a una actividad propia en raras ocasiones solemnes y que en las organizaciones de millones desaparecen enteramente en la masa. El individuo se convierte allí en simple espectador que oye o lee cómo ciertos jefes deliberan o determinan entre ellos lo que tiene que hacerse, y tiene que someterse o en caso raros puede votar con otros innumerables, que no conoce, en pro o en contra de algo.

Esas cosas sólo puedo compararlas con la mísera actividad del interés deportivo, que para innume-

rables consiste en presenciar con 10.000 o 50.000 más, cómo unos pocos ventilan una verdadera partida deportiva. Esas decenas de millares pueden dividirse en partidos y gritar entre ellos en pro o en contra — pero ni ejercitan por sí mismos una propia actividad deportiva ni pueden influenciar los resultados de las luchas reales y tienen que contentarse con lo que salga. ¿No es la misión de los millones de los miembros socialistas y demás de los partidos y de los grandes sindicatos exactamente la misma? Pueden sostener el partido con sus cotizaciones, ocasionalmente pueden elegirse las comisiones ejecutivas, etc., pero una vez hecho eso no tienen más que presenciar, gritar hasta enronquecer y obedecer sin embargo lo dispuesto por las instancias superiores.

Por tanto una similitud completa con lo que son las organizaciones para los que se aferran a las condiciones existentes, generalmente aceptadas — para los que no desean ningún cambio, las organizaciones tienen naturalmente otro sentido, precisamente el descrito aquí.

Pues la iglesia, por ejemplo, no desea ningún cambio, sus creyentes tampoco, y es indiferente para ellos cuan grandes son sus comunidades eclesíásticas, etc. Lo mismo ocurre con los partidos políticos que sólo cada par de años necesitan el mayor número posible de sufragios y toman estos donde los encuentran. Igualmente pueden asistir como espectadores del deporte los incontables millares y millares, si no saben hacer algo mejor; esa es cosa suya, y no se proponen ningún objetivo más amplio. La moda y el reclame consiguen hacerse seguir por millones, y también se ha logrado siempre influenciar patrióticamente la opinión pública de un país en casos de guerra. Todo esto demuestra que tal organización de masas al servicio de las instituciones y de los intereses existentes es un recurso técnicamente práctico y natural.

Pero justamente eso debiera probar a los socialistas que ellos que quieren fundamentar una nueva sociedad, que no reconocen los privilegios y las instituciones existentes, que tienen ante sí una formidable lucha, una lucha intelectual en todo caso contra la mentalidad del pasado y una lucha física cuando el pasado se interpone físicamente en su camino, — que ellos, digo, tienen que hacer algo más que un registro superficial de millones en organizaciones.

Debería cada cual en el grupo más pequeño actuar de un modo conforme a su naturaleza, y ciertamente sus actos serían amplificadas en su efecto por la cooperación de muchos afines a él. Tales 3, 4 ó 5 formarían pues una verdadera unidad, junto a otras que quieran trabajar solas. Un grupo de 20, de los cuales quiz s sólo 2 ó 3 hacen algo como secretarios, etc., mientras que los otros no saben comenzar nada apropiado, se descompondría entonces en 4 ó 5 o más unidades activas, que se esforzarían cada cual a su alrededor por hacer propaganda en el ambiente personal y privadamente accesible más directamente. Esa actividad podría tal vez comenzar

del mejor modo con elevar dentro del grupo primeramente a los más débiles por los más capaces, y por asociar luego las unidades más pequeñas. Sólo así pueden también reconocerse y separarse los elementos inadecuados y hacer entrar en nuestro círculo otros frescos, nuevos. El que por algún motivo no quiere o no puede coadyuvar a esa actividad intensiva, no debería ponerse en el camino de los otros.

De tal manera actuarían innumerables energías más o menos inactivas en las actuales organizaciones, donde raramente reciben un impulso para ello. Así como en un trabajo que exige tres, muchas otras personas no hacen más que obstaculizar el camino, en esas unidades propagandistas no debería haber una sola persona de más. Nada impide que para determinados propósitos, la lucha del trabajo, la instrucción, las discusiones, etc. se reúnan grandes masas, pero eso no exime de la necesidad de pequeñas unidades realmente activas. El socialismo no es una cosa de club, para el que basta una mera asamblea de miembros; quiere un nuevo mundo y tiene que crearlo en el más intenso trabajo de detalle, — o de lo contrario los hombres sólo recibirán las pocas y duras migajas que les dejen los socialdemócratas y los comunistas, llegados al poder y que vivirán en un paraíso de funcionarios.

Tal propaganda intensiva conduciría naturalmente pronto a la persuasión de que no se puede reducir a las palabras, como la actual, que raramente abandona el círculo de las asambleas, de los periódicos, de los problemas personales y demás. Por útil que fueran esos medios de agitación en los comienzos y que lo sean todavía, sin embargo se agota su fuerza de eficiencia. El que realmente quería acercarse al socialismo, lo ha hecho ya hoy, y algunos se han apartado de él. Todos los otros partidos han fortificado sus medios igualmente en ese dominio, y como con la mejor voluntad la socialdemocracia y el actual comunismo no ejercen ninguna atracción en los círculos que están fuera de ellos, y desacreditan directamente el socialismo, tampoco la palabra, el argumento, el llamado a la razón y al corazon de las tendencias socialistas libertarias pueden salvar la situación. Esto sólo puede y debería acontecer desde hace tiempo en un terreno al que nuestros adversarios no puede seguirnos, al terreno de la acción efectiva.

No me refiero aquí a aquella especialización en la violencia revolucionaria, a la que se recurrió hace más de 50 años, cuando se creía listo al pueblo para la acción revolucionaria una vez que unos cuantos ejemplos de abnegación despertaran en él el espíritu de la rebelión (1876). En esa esperanza hubo equivocación, pues grandes masas del pueblo se ahirieron pronto al socialismo político y a los sindicatos reformistas, después algunos al comunismo dictatorial, y otras partes se dejaron conducir por las corrientes clericales, nacionalistas y otras o quedaron indiferentes y siguen siéndolo. Esto no podía preverse en los años desde 1876 a 1894 en las proporciones que son hoy bien conocidas. Ya por eso, y porque no es la unilateralidad, sino la diversidad

del medio justo, el concepto de la acción ejemplar individual o colectiva está actualmente ensanchado y abarca todo lo conveniente. Igualmente entraña el ejemplo del ensayo, del experimento, para lo que es tiempo ya, pues lógicamente el ensayo precede al ejemplo.

Pero al comienzo del ingreso en un nuevo dominio se cree siempre saber más que después de largo tiempo de investigaciones. Toda nueva rama de la ciencia comenzó con un gran edificio de hipótesis de geniales precursores que dieron un gran impulso, pero que poco a poco fué totalmente transformado. Así pasó con los precursores utópicos del socialismo, a los que, como podemos afirmar bien ahora, pertenecían tanto Saint Simón, Fourier y Robert Owen como Marx y Engels, mientras que con Proudhon y Bakunin comenzó el estadio crítico del socialismo, pues ambos combatieron el dogmatismo autoritario y las unilateralidades propias también de Fourier y de Owen y trataron de cimentar un socialismo libre, sin preconceptos.

Así ocurrió con la táctica, con los medios que en el estadio utópico son unilaterales, en el crítico múltiples. El choque permanente con la dura realidad, las más crueles persecuciones restringieron la elección de los medios, y así están las condiciones a los ojos de muchos todavía. Pero comienza sin embargo la comprensión de que el enorme problema de la vida social de la humanidad después de su ruptura con su pasado de esclavitud y de ignorancia no puede ser resuelto en base a dogmas y programas ya existentes, sino en base a la experiencia gradualmente adquirida y continuamente renovada y ampliada, cuyos resultados son difundidos por el ejemplo. El socialismo experimental será, pues el tercer estadio, y será cuestión de todos los socialistas que piensan adquirir esa experiencia en condiciones dignas y no por martirios en el cuerpo sangrante y convulsionado del pueblo mismo, como hacen los bolchevistas rusos, metiendo al pueblo ruso casi todos los años en una nueva camisa de fuerza y recogiendo así experiencia para la conservación de su usurpación como hacen los vivisectores.

Comenzaron con "el orgullo comunista de la infalibilidad" y ruedan ahora de experimento en experimento. El socialismo realmente experimental comenzará más modestamente y quedará modesto, y sus experiencias las llevarán hombres y mujeres por su vida, su modo de pensar y de obrar entre los seres humanos, como rebeldes, donde es necesario, de lo contrario como gente práctica, de ningún modo como jefes o como santos. Un socialismo capaz de vida tiene que parecer accesible para cada uno por sí mismo, con esfuerzo y trabajo, ciertamente, pero no por el martirio y el ascetismo. Tiene que ser atractivo y suscitar esperanzas, satisfacer estéticamente, ser humanamente bondadoso y no severo, exclusivo, monótono. No debe privar de nada preciso de la vida actual, sino que debe mostrar cómo todo lo hermoso y lo bueno es realmente accesible y puede ser acrecentado.

Tan sólo entonces tendrá el socialismo nuevamen-

te fuerza de atracción y de proselitismo, y los hombres tendrán confianza en él. Que esto sólo será posible a las formas más libres de socialismo es claro, y ahí está la esperanza del anarquismo, que no desea propiamente otra cosa que la convivencia de hombres ligados por la solidaridad, de los cuales cada uno se forma su vida libremente. Sigán o no a la actual tragedia rusa otras dictaduras socialistas, la humanidad sabrá siempre superarlas y un día saludará alegremente el socialismo, que como el socialismo libertario que acabamos de caracterizar en su esencia, le aporta realmente alegría y libertad.

¿De parte de quién puede ser esperada una realización de las demandas aquí presentadas? Es decir la de la transformación de las fuerzas inactivas en gran parte dentro de las organizaciones en unidades asociadas para el trabajo socialista intensivo, y la del comienzo serio del socialismo experimental por la adquisición de experiencia y en mérito a la misma el ejemplo proselitista. No sólo de los anarquistas, sino de todos los socialistas no dictatoriales tiene que ser esperado eso; el objetivo no es la uniformidad, sino la multiplicación de las diversidades, según las ofrece la vida real, realmente la vida libre y solidaria misma, libertada de igual modo del Estado y de la iglesia, del capital y de todos los rastros del socialismo autoritario, del panmarxismo.

El sindicalismo como tal, según mi opinión, no puede asumir esa misión, pero debería considerarla amistosamente y no ponerle obstáculos. Sobre él pesa la lucha del presente del trabajo día a día, cuya naturaleza y forma depende del enemigo capitalista, defensa o ataque, y sus perspectivas y resultado son condicionados por los variables factores contingentes. Que tales luchas asumirán un día grandes dimensiones y producirán el derrumbe político-social que se llama la revolución social, es posible; posible es igualmente que esa revolución sea suscitada por otros factores, como en 1917 en Rusia, etc. Es posible también que el sindicalismo aparezca un día como el vencedor inmediato en una revolución social. Pero ¿significa eso su realización, como en su tiempo se lo imaginaban la Internacional española y la Federación regional, más tarde los sindicalistas franceses y otros, es decir una sociedad libre edificada sobre las asociaciones obreras para la producción y la distribución de los productos? Eso sería una dictadura, como cualquier otra y tropezaría con la misma crítica. El socialismo no puede ser nunca dominio de una sola tendencia, aunque fuese la más avanzada y simpática para nosotros.

Por eso el socialismo experimental no sólo recogerá las experiencias mencionadas y las transformará en ejemplo, sino que tendrá que investigar también las relaciones mutuas de todas las tendencias, que de lo contrario serían sucesoras de las religiones, de las naciones, de los Estados, de los partidos actuales hostiles unos a otros y llevar a una capacitación moral y espiritual de esas tendencias para una pacífica convivencia, de modo que una vic-

toria socialista no tenga por consecuencia luchas inter-socialistas por el predominio, un problema principal de que he hablado en artículos anteriores y para el cual traté de presentar una solución. Todo esto debe separarse de las luchas del presente, y el socialismo, si sus numerosos millones son una realidad, poseerá energías para todas las tareas. Pero ¿poseerá la fuerza moral para renovarse espiritualmente por ese trabajo serio y convertirse para la humanidad nuevamente en un faro, o continuará a remolque de los acontecimientos, alumbrándose en pretéritas glorias? — este es el problema.

—(o)—

Individualismo y autonomía individual

Guardémonos de confundir, como se hace demasiado a menudo, esas dos cosas esencialmente diferentes: individualismo y autonomía individual.

El individualismo es una concepción filosófica y moral sistemática que lo refiere todo al individuo, como a un centro de donde emana todo y al cual todo vuelve — y que hace así del Egoísmo, consciente o inconsciente, la ley suprema, la ley única, la ley irremisible de la vida. Es un sistema simplista y falso como todos los sistemas.

La autonomía individual, al contrario, tal como la concebimos y la reivindicamos, es un método, fuera de todo absoluto, de todo dogma, de todo parti-pris "a priori", un método de determinación del deber-hacer esencialmente variable de cada uno ante cada problema concreto que le presenta la vida. Es la disciplina personal que resulta de la sana comprensión de la relatividad universal de las cosas. Es la culminación de la emancipación progresiva de la conciencia humana, desembarazada, en fin, de todas las supersticiones y de todos los autoritarismos, y que busca, según la ley primordial de toda energía, la acción justa.

El uno, el individualismo, es el principio sobre el cual está fundada la pseudo sociedad actual, el principio de "la anarquía burguesa" en que nos debatimos.

El otro, la autonomía individual, es una de las piedras angulares de la sociedad de justicia y de la anarquía de mañana.

De un lado, la primacía del yo. Del otro, la primacía de lo justo. A nosotros nos corresponde saber lo que queremos.

Paul GILLE.

ERRICO MALATESTA

Más sobre la revolución en la práctica

Mi último artículo sobre este asunto ha atraído la atención de varios camaradas y me ha valido numerosas observaciones y numerosas preguntas.

¿Es que no he sido bastante claro? ¿Es que he desarreglado los hábitos mentales de algunos que, más que atormentarse el cerebro, prefieren reposar sobre las fórmulas tradicionales y hallan fastidioso todo lo que les obliga a pensar?

Sea como quiera, trataré de explicarme mejor, feliz si aquellos a quienes mis palabras parecen un poco heréticas quieren intervenir en la discusión y concurrir a determinar un programa práctico de acción, que pueda servirnos de guía en las próximas transformaciones sociales.

Hasta aquí nuestros propagandistas se han ocupado sobre todo de la crítica a la sociedad actual y de la demostración que es deseable y posible crear una nueva organización social fundada en el libre acuerdo y donde todos puedan hallar, en la fraternidad y la solidaridad y con la más completa libertad, las condiciones del mejor desenvolvimiento material, moral e intelectual. Trataban ante todo de inflamar las almas por la concepción de ese estado de perfección individual y social que otros llaman utopía y que nosotros llamamos ideal, y realizaban obra necesaria y buena, porque establecían el objetivo hacia el cual deben tender nuestros esfuerzos. Pero estaban (estábamos) en déficit, casi despreocupados en cuanto a la investigación de los caminos y los medios que pueden conducirnos a ese objetivo. No nos ocupábamos mucho de la necesidad de destruir radicalmente las malas instituciones sociales, pero no prestábamos una atención suficiente a lo que había que hacer o dejar hacer de positivo, en el momento mismo o al día siguiente inmediato de la destrucción, para que la vida de los individuos y de la sociedad pudiese continuar del mejor modo posible. Pensábamos u obrábamos como si hubiésemos creído que las cosas se arreglarían por sí mismas, por leyes naturales, sin la intervención consciente de la voluntad para dirigir los esfuerzos hacia el objetivo preestablecido. Es sin duda a eso a lo que se debe el fracaso relativo de nuestra obra.

Es tiempo ya de considerar el problema de la transformación social en toda su vasta complejidad y de tratar de profundizar el aspecto práctico de la cuestión. La revolución no puede producirse mañana y nosotros debemos ponernos en estado de obrar en su seno con la mayor eficacia.

Puesto que, en este momento de transición, la reacción triunfante nos impide hacer mucho para ensanchar la propaganda en las masas, utilicemos el tiempo para profundizar y clarificar nuestras ideas sobre lo que hay que hacer, aun tratando de apresurar con nuestros votos y nuestros actos el momento de obrar y de pasar a las realizaciones.

Pongo en la base de mis observaciones dos principios:

1.º La anarquía no se realiza por la fuerza. El comunismo anarquista, aplicado en toda su amplitud y produciendo todos sus efectos bienhechores, no es posible más que si grandes masas del pueblo, que contienen todos los elementos necesarios para realizar una civilización superior a la civilización presente, lo comprenden y lo quieren. Se pueden concebir elegidos cuyos miembros viven entre sí y con otros grupos semejantes en relaciones de voluntaria y libre comunidad. Será bueno que tales grupos existan y a nosotros nos compete constituirlos para la experimentación y el ejemplo, pero esos grupos no serán todavía la sociedad comunista anarquista; serán más bien casos de abnegación y de sacrificio en pro de la causa en tanto que no hayan conseguido englobar el conjunto o la mayor parte de la población. Al día siguiente de la revolución violenta, si hay revolución violenta, no se tratará, pues, de realizar el comunismo anarquista, sino de dirigirse hacia él.

2.º La conversión de las masas a la anarquía y al comunismo — e incluso al más moderado de los socialismos — no es posible en tanto que duren las condiciones políticas y económicas actuales. Y como esas condiciones, que mantienen a los trabajadores en la esclavitud en beneficio de los privilegiados, son perpetuadas por la fuerza brutal, es necesario que sean cambiadas por la obra revolucionaria de minorías conscientes. Por tanto, si se admite el principio que la anarquía no se hace por la fuerza, sin la voluntad consciente de las masas, se ve que la revolución no puede ser hecha para realizar directamente e inmediatamente la anarquía, sino más bien para crear condiciones que hagan posible una rápida evolución hacia la anarquía.

Ha sido a menudo repetida la frase: "La revolución será anarquista o no será". La afirmación puede parecer muy "revolucionaria", muy "anarquista"; pero en realidad es una tontería, cuando no es, peor

todavía, un medio del reformismo mismo para paralizar las buenas voluntades e inducir a las gentes a soportar apaciblemente el presente en la espera del paraíso futuro.

Evidentemente la "revolución anarquista", será anarquista o no será. ¿Pero no hubo revoluciones en la tierra antes de que se concibiese la posibilidad de una sociedad anarquista? ¿No habrá más revoluciones hasta que las masas se hayan convertido a la anarquía? Y como no conseguimos convertir a las masas embrutecidas por las condiciones en que viven ¿debemos renunciar a toda revolución y acomodarnos a vivir en régimen burgués?

La verdad es que la revolución será lo que pueda ser y nuestra misión es apresurarla y esforzarnos por hacerla lo más radical posible.

Pero enténdamos bien.

La revolución no será anarquista si, como ocurre tan frecuentemente, las masas no son anarquistas. Pero nosotros somos anarquistas, debemos permanecer anarquistas y obrar como anarquistas antes, durante y después de la revolución.

Sin los anarquistas, sin su obra, si los anarquistas se adhieren a una forma cualquiera de gobierno, a una constitución cualquiera llamada de transición, la próxima revolución en lugar de ser un progreso de la libertad y de la justicia y un encaminamiento hacia la liberación integral de la humanidad, daría lugar a nuevas formas de opresión y de explotación peores quizás que las formas actuales o, en la mejor hipótesis, no produciría más que un mejoramiento superficial, ilusorio en gran parte y en completa desproporción con el esfuerzo, los sacrificios, los dolores de una revolución, tal como la que se anuncia para un porvenir más o menos próximo.

Nuestra misión, después de haber concurrido a derribar el régimen actual, es impedir o tratar de impedir la constitución de un nuevo gobierno, y si no lo conseguimos, luchar al menos porque el nuevo gobierno no sea único, para que no concentre en sus manos todo el poder social, para que quede débil y vacilante, para que no disponga de una fuerza militar y financiera suficiente y sea lo menos posible reconocido y obedecido. En todos los casos, nosotros, anarquistas, no debemos reconocerle nunca y tenemos que permanecer en lucha contra él, como estamos en lucha contra el gobierno actual.

Debemos permanecer entre la masa, impulsarla a la acción directa, a la toma de posesión de los instrumentos de producción, a la organización del trabajo y a la distribución de los productos, a la ocupación de los edificios habitables, a la ejecución de los servicios públicos, sin esperar las deliberaciones o las órdenes de autoridades superiores — y es con todas nuestras fuerzas como debemos concurrir a esa obra y para eso nos son necesarios desde ahora la mayor cantidad de conocimientos que podamos reunir.

Pero si debemos ser intransigentes en nuestra oposición a todos los órganos de coacción y de repre-

sión, a todo lo que tiende a obstaculizar por la fuerza la voluntad popular y la libertad de las minorías debemos guardarnos bien de destruir las cosas y de desorganizar los servicios públicos que no podamos reemplazar con ventaja.

Debemos recordarnos todos que la violencia, si es muy necesaria para resistir a la violencia, no sirve para edificar nada bueno, que es enemiga natural de la libertad, que engendra la tiranía y debe por consiguiente ser contenida en los límites de la más estricta necesidad.

La revolución es necesaria para derrocar la violencia de los gobiernos y de los privilegiados, pero la constitución de una sociedad de hombres libres no puede ser más que el efecto de la libre evolución.

Y a los anarquistas les corresponde velar por la libertad de la evolución, constantemente amenazada en tanto que entre los hombres exista la sed de la dominación y de los privilegios.

Una cuestión de gran importancia, de importancia vital, la que debe primar sobre toda otra en el espíritu de los revolucionarios, es la cuestión de la alimentación.

En otros tiempos se había difundido el prejuicio de que los productos industriales y agrícolas eran tan abundantes que sería posible vivir largo tiempo de las reservas amontonadas y relegar a más tarde, al día en que se haya realizado la transformación social, la nueva organización de la producción. Y este prejuicio había hecho fortuna entre los anarquistas. Era tan apetitoso poder decir como argumento de propaganda:

"Las gentes carecen de todo cuando todo abunda y cuando los depósitos rebosan de todos los artículos alimenticios; la gente muere de hambre y el trigo se pudre en los graneros". ¡Y además las cosas se hallaban así de tal modo simplificadas! Bastaba un acto de expropiación para asegurar el bienestar a todos. En cuanto al resto, se tenía tiempo para pensar en ello.

Desgraciadamente, la verdad es exactamente lo contrario.

Todos los productos son raros, y basta una mala cosecha o un desastre de alguna importancia, para que haya carencia absoluta e imposibilidad de proveer a las necesidades de todos, incluso en los límites que el capitalismo impone a las masas populares.

Es verdad por otra parte que con los medios que proporciona hoy la mecánica y la química, la posibilidad de producir se ha vuelto casi ilimitada.

Pero poder producir y haber producido, eso son dos cosas. Y un poco por incapacidad e indiferencia, mucho a causa del sistema por el cual a menudo el provecho disminuye con la abundancia y aumenta con la penuria, los propietarios y los capitalistas explotan insuficientemente los medios de producción que detentan e impiden que otros los exploten.

A causa de la falta de orden inherente a la economía individualista, hay desequilibrio de un punto a otro, crisis de superproducción, etc., pero en el

conjunto la producción general está siempre sobre el borde del hambre.

Debemos pensar, pues, que al día siguiente de la revolución nos encontraremos frente al peligro del hambre. Esta no es una razón para retardar la revolución, porque el estado de la producción con alternativas de más y de menos, quedará siempre el mismo en tanto que dure el régimen capitalista.

Pero es una razón para preocuparnos del problema y para pensar en el modo de evitar todo derroche, para indicar el límite necesario del consumo y poder activar sin retardo la producción, sobre todo la producción agrícola.

Este es un asunto sobre el cual existen algunos escritos, pero que debe ser profundizado por el estudio de los medios técnicos que permiten elevar la cantidad de los productos alimenticios a la altura de las necesidades.



M. PIERROT

MORAL

REFLEXIONES SOBRE LA GENESIS Y LA EVOLUCION DE LA MORAL INDIVIDUAL

La evolución de la opinión pública corresponde a cambios y a mutaciones en los sentimientos humanos.

No hay que creer que los hombres hayan nacido de golpe con el complejo sentimental que se observa en el hombre moderno. Por otra parte ¿qué son los sentimientos? Los filósofos se sienten bien embaraçados para dar una definición, porque no han estudiado nunca más que al hombre civilizado. ¿A qué corresponden esos estados afectivos, más o menos estables, verdaderas necesidades morales, ligadas al desenvolvimiento del conocimiento y que no tienen realidad que en la vida social? Se puede suponer ya que han nacido con la vida social y no todos al mismo tiempo. Para imaginar el progreso moral es preciso imaginarse que la evolución de la humanidad se pierde en la noche de los tiempos, mucho antes de la aparición de la época histórica.

Dejando a un lado el egoísmo que es una tendencia del ser y no un sentimiento, que se convertirá más tarde, mucho más tarde, en un sentimiento, cuando el individuo adquiere conciencia de sí mismo, se puede decir que el solo sentimiento primario ha sido el amor materno, común a todas las hembras de mamíferos, sin llegar más allá en la escala de los seres. Hay en nuestra especie una importancia mucho más grande y mucho más prolongada que en los animales, porque los hijos de los hombres tienen largo tiempo necesidad de ser protegidos antes de bastarse a sí mismos. Entre los primitivos quedan bajo la protección de la madre durante seis o siete años antes de pasar a la del grupo

o a la de la tribu. No hablemos todavía del padre. Por otra parte los más antiguos de los primitivos ¿se han dado cuenta de que la paternidad está ligada a la cópula?

El amor materno ha hecho conocer a los hombres la ternura y la necesidad de piedad. Ha enseñado el amor, debidos uno y otro al sentimiento de seguridad, la confianza también.

La paternidad ha sido el sentimiento que nació de inmediato de la vida social, de una vida donde la ayuda mutua era impuesta por la debilidad misma de los individuos, incapaces de vivir aislados. Es aún la longitud de la infancia la que impone la vida en común, sin ninguna posibilidad de independencia. Aun en los niños civilizados, las fugas no se producen apenas antes de los 13 años, es decir en el momento de la pubertad. La fraternidad se desarrolla sobre todo entre individuos de la misma edad, que se han criado juntos y que permanecen unidos por una familiaridad de todos los instantes. La ayuda mutua adquiere así nacimiento, y también la mayor parte de los lazos morales que se reforzarán o se debilitarán en el curso de la vida según las condiciones del medio. En nuestros días aun la mayor parte de la educación moral se hace gracias a las reacciones que los niños ejercen unos sobre otros en su vida en camaradería.

El sentimiento principal que ha sido creado por la vida en fraternidad o al menos por la vida en común, ha sido el de la "inferioridad", generador de muchos otros. Si estas dos causas pueden obrar y

obran en efecto, es más tarde, sobre todo la segunda que no tomó importancia, pero una importancia primordial más que en nuestra época de mercantilismo. El punto de partida está en la opinión pública, en la defensa del interés colectivo que es tanto de orden moral como de orden material. Su aparición es debida a la reacción violenta de la tribu entera, cuando uno de sus miembros arriesgaba ponerla en peligro por inhabilidad, cobardía o por falta a la costumbre sagrada. En el momento los gritos y los golpes, en caso de reincidencia, la vida insostenible bajo el desprecio público y, en los casos graves, la excomunión o la muerte (lo que venía a ser lo mismo) debían imprimir en el espíritu de todos el terror a ser tomados en falta, tanto que nos cuesta trabajo representarnos la rudeza de las costumbres de esas épocas tan lejanas. Y no podemos apenas imaginarnos tampoco la dependencia completa de los miembros de la tribu unos ante los otros, ligados a la imposibilidad absoluta de vivir fuera del sostén material y moral del grupo, en medio de la naturaleza enemiga, llena de fuerzas a menudo desconocidas e invisibles, hostiles a los humanos, sin esperanza de ser acogido por otra tribu y por sus totens o sus dioses.

Es así como la opinión pública ha creado estados emotivos que fueron los sentimientos primitivos de la humanidad: sentimientos de superioridad (altivez, orgullo, vanidad, ambición), cuando la opinión es aprobativa o admirativa, y que son en el origen necesidad moral de protección, a condición de estar asociados a un sentimiento afectivo (fraternidad); sentimientos que proceden de la inferioridad.

Estos son mucho más fuertes que los que provienen de la superioridad. Implican estados emotivos mucho más violentos, los más violentos que conoce la humanidad, y han tenido así, y tienen todavía sobre la moral social y sobre el comportamiento individual los más grandes efectos.

La vergüenza aplasta al individuo colocado en una situación de inferioridad y obligado a sufrir su decadencia. Provoca un efecto poco deprimente, y sobre todo un efecto moral que puede conducir al suicidio.

La cólera es, al contrario, un estado de excitación, una reacción violenta de defensa contra un atentado a la propia superioridad del ofendido o a la superioridad colectiva de la tribu.

La timidez es la aprehensión a recibir una afrenta, el miedo a ser puesto en situación de inferioridad sobre todo en presencia de gentes a quienes no se conoce; es frecuente en los jóvenes que no saben qué actitud tomar en circunstancias que no le son habituales.

Todos estos estados se manifiestan fisiológicamente por turbaciones bruscas, palidez, rubor, angustia, temblores, por movimientos convulsivos o incoordinados (tartamudez), por inhibiciones, etc.

La exageración de estas perturbaciones nos prueba cual era en los tiempos antiguos la brutalidad horrorífica que determinaba tales emociones.

La situación de inferioridad ante la opinión es tan penosa para el individuo que trata de escapar a ella por la mentira, por la venganza (que restablece su superioridad humillando o suprimiendo al adversario), por la muerte (suicidio o revuelta de uno contra todos).

Es esta reacción contra la situación de inferiori-

dad la que es importante desde el punto de vista moral, porque el "sentimiento" de inferioridad mismo, es decir la vergüenza (por ejemplo en las muchachas madres), es evitado o rechazado por los individuos con tanto esmero que no tiene un dominio muy extenso. Sin embargo el sentimiento de inferioridad, tiene un dominio mucho más vasto en lo subconsciente, por ejemplo en el de los celos, en el odio, etc. Los individuos no se detienen a analizarlos o son incapaces de ello. Encuentran fácilmente algún subterfugio para enmascararse a sí mismos la realidad y sobre todo para enmascararla al público. No es nunca impulsados por el sentimiento de inferioridad como se comete una bajeza, se da uno a sí mismo y a los demás razones más confesables. En la corriente ordinaria de la vida el primer deber de cortesía es no poner a otro en situación de inferioridad y, en ocasión, ayudarle a salvar la cara.

El dominio del sentimiento de inferioridad es también muy importante en lo subconsciente de los estados psiquiátricos (melancolía, etc.) que están fuera de nuestro asunto (1).

Para evitar al estado de inferioridad, para escapar a las consecuencias penosas del control público, el hombre ha tratado de consolarse a sí mismo. Ha aparecido al amor propio que se opone al sentimiento de inferioridad, aun derivándose de él. Despierta la atención. El hombre ha comenzado a examinarse a sí mismo dándose todas las superioridades y a comparar sus acciones con las de otro echando a este todas las culpas — y a menudo es así hoy todavía. Pero juzgado y censurado por la opinión pública, ha sido obligado a controlarse más exactamente. Ese control personal se ha convertido en lo que los filósofos llaman la conciencia, para ellos función del alma, para nosotros nieta de la opinión pública e hija del amor propio sin ningún carácter divino.

La conciencia ha sufrido una evolución. Ante todo siempre el amor propio ante otros, se ha convertido por el ejercicio mismo de la función en un amor propio ante sí. El individuo, llevando sobre sí la responsabilidad de sus actos, ha aprendido a estimarse o a despreciarse (remordimientos), y le es a menudo más penoso hallarse en estado de inferioridad frente a la opinión pública que ignora de ordinario sus pensamientos y sus móviles.

La mayor parte de las gentes escapa a su propio veredicto evitando el examen de conciencia y dándose todas las excusas. Pero para un cierto número de personas la estima de sí mismo está mucho antes de la estima de otro a quien juzga demasiado a menudo según sus apariencias.

Es de una constatación banal que el amor propio no es el mismo en todos los hombres, que los unos experimentan bastante poco la vergüenza frente a ellos mismos y que la conciencia como valor de control varía en límites bastante amplios.

El amor propio no es sólo un control, es también un móvil humano muy poderoso, en tanto que sentimiento de exaltación del yo, mientras que el sentimiento de inferioridad por la depresión que implica culmina a veces en el suicidio. Muy a menudo el amor propio triunfa sobre el interés, incluso en nuestra época de mercantilismo. Es verdad que en nuestros días una expresión de amor propio está casi siem-

pre ligada a un beneficio. En todo caso una herida de amor propio deja de ordinario rastros más profundos y un rencor más tenaz que una herida hecha en la bolsa, a menos que la pérdida de dinero no se refiera al amor propio al mismo tiempo.

En las primeras edades el deseo brutal de superioridad caracterizaba la fuerza de la personalidad. Parece que el desarrollo de la conciencia habría debido debilitar el espíritu de dominación. Pero la conciencia tiene poca influencia sobre los espíritus ambiciosos, que caracteriza más bien una cierta falta de escrúpulos, y por otra parte tiende a desvanecerse más todavía con el éxito, el triunfo y la adulación.

Sin embargo, como el amor propio, representa también una fuerza. Implicando el control, obliga a la comparación y a la crítica y de ahí puede volverse activa, sobre todo cuando se agrega a un carácter de dominación. Los innovadores religiosos, al menos los que podemos conocer como personajes históricos, Mahoma, Calvino, Lutero, poseían esas dos características. Han recurrido a la vez a la autoridad, a la persuasión y a la persecución. Su conciencia no comprendía la duda.

La convicción moral es la única que puede bastar para formar un carácter sin deseo de dominación y sin vanidad. Los estoicos han mostrado ejemplos y sin duda también los verdaderos discípulos de Epicuro. Los primeros anarquistas han sido así (2). Mucho antes de todos, Cakia Muni fué en ese género una especie de precursor, investido como estaba, hijo de rey y rey, con una autoridad sin moral.

La personalidad humana se convierte pues, en algunos, al menos, en una fuerza moral, y adquiere poco a poco bastante potencia para reaccionar sobre el ambiente. La conciencia individual, por la seguridad que adquiere en una convicción reflexionada, puede influir sobre la opinión pública, la opinión estúpida, inconsciente y tradicionalista de la masa, y modificar así la moral social. Mrs. Beecher-Stove escribiendo "La cabaña del tío Tom", ha conmovido la sensibilidad pública en favor de los negros y fué la promotora de la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos a condición de tener cuenta, dirán los marxistas, que la esclavitud, no era de ninguna utilidad para el maquinismo de los Estados del Norte.

No es menos verdad que la personalidad humana, aun dirigida por la conciencia, ha estado siempre encerrada, protegida o mantenida en una armadura moral, lo más a menudo religiosa, y en una armadura social. Si ha reaccionado para suavizar las reglas morales o las leyes o para adaptarlas a una nueva comprensión de las cosas o a nuevas necesidades, si ha sido la promotora de revoluciones religiosas o sociales, ha debido someterse muy a menudo y durante largos períodos de silencio a la ley común, a la tradición, a la costumbre, a los ritos.

Es en efecto el hábito el que gobierna la mayor parte de las acciones de la mayoría de los hombres. Después de una revolución religiosa, una vez aceptadas las nuevas reglas, estas entran en lo subconsciente de los hombres. Asociados a los viejos instintos, a los vestigios de los antiguos hábitos que la nueva religión no puede destruir nunca completamente y que guardan sin embargo una influencia preponderante, se amalgaman los preceptos nuevos; y así se reforma el hábito, es decir los hábitos tradicionales, a los que los hombres obedecen maqui-

nalmente sin darse cuenta de ello, sin verse tentados a ponerlo en tela de juicio y someterlo a la crítica. Es gracias a esa observancia inconsciente de la moral que no hay necesidad de un vigilante detrás de cada individuo, sobre todo cuando el terror sagrado se afirma en las épocas lejanas en que la conciencia y el sentimiento de responsabilidad frente a sí mismos estaban poco desarrollados.

Sacar las gentes de sus hábitos, arrancarlas a la tradición es un formidable esfuerzo.

Es siempre la opinión pública, su larga acción, su influencia prolongada, es la vida en común a que fué sometido el individuo primitivo, quienes arraigaron en los hombres esos hábitos comunes e inconscientes que se llaman instintos y que son, según Pavlov, reflejos condicionales (1).

(1) En esos artículos, que son una especie de esquema para un estudio que aparecerá más tarde, empleo la palabra sentimiento en el sentido de la lengua corriente.

Es así como en el curso de este artículo hablo del sentimiento de inferioridad, donde "sentimiento" es tomado en el sentido de conocimiento y constatación del estado de inferioridad en que uno se encuentra. Conocimiento desagradable y opinión más penosa todavía. Ese conocimiento no tiene forzosamente un fundamento racional, basta la creencia.

En mi opinión, el término sentimiento debería ser tomado en el sentido de necesidad moral y, en ese sentido, se puede decir que el sentimiento de inferioridad no existe. El sentimiento de superioridad existe al contrario; y la humildad cristiana no es más que una necesidad disfrazada de superioridad. La inferioridad no podría penetrar en el cerebro humano como tendencia o como aspiración y no puede convertirse en una verdadera entidad, por ejemplo, como el sentimiento de libertad. En lugar de servirme de la expresión "sentimiento de inferioridad" yo diría más bien sensación de inferioridad.

La inferioridad es en el dominio moral lo que el dolor en el dominio físico. El dolor se opone al placer que es una necesidad, una tendencia, una aspiración. Ni el dolor, ni la inferioridad son necesidades (a menos de emplear el término negativamente como en el lenguaje matemático). Los hombres tratan de evitar el uno y el otro.

(2) La propaganda anarquista no impone a otro sus convicciones por la fuerza. Pero es obligada a veces a usar la violencia contra los que ejercen la tiranía. Se trata aquí no de un deseo de dominación, sino del deseo de destruir la dominación de los tiranos.

(3) El mestizaje, contrariando los reflejos condicionados hereditarios, desarmonizando instintos ancestrales, podría quizás explicar la amoralidad que algunos sociólogos, anglo-sajones con preferencia, reprochan a los mestizos. Pero esa amoralidad existe? ¿No es simplemente el desequilibrio producido por una falsa situación social y por los prejuicios que los mestizos están obligados a sufrir y contra los cuales se revelan a veces? ¿Un rebelde es un amoral? La situación de inferioridad que sufren los mestizos puede implicar también actos anti-sociales distintos que la revuelta. Sería preciso, pues, observar si la amoralidad existe desde la infancia, de un modo si no general al menos frecuente, y en los niños educados en condiciones normales.

En el fondo todas las razas humanas han sido más o menos mezcladas. Se puede decir que las civilizaciones progresivas parecen favorecidas por la mezcla de los pueblos. En Atenas, el aflujo de extranjeros, mercaderes y estudiantes, ha contribuido al pro-

greso, quizás más, se podría decir, por el choque y la confrontación de las ideas que por la mezcla de la sangre. Pero entre los intelectuales venidos de fuera, célebres o no, había muchos jónicos mestizados. En todo caso no parece que el mestizaje que se ha producido en los países de paso y fácilmente accesibles a las emigraciones y a las invasiones (Caldea, Francia, etc.) haya impedido la manifestación de civilizaciones brillantes. La contienda de los pueblos, las guerras han tenido a veces por resultado impedir a los pueblos fosilizarse en un automatismo moral. El mestizaje puede impedir también el automatismo hereditario. ¿No se pueden producir perturbaciones individuales hasta que se haya hecho la fusión? Queda también por saber si todos los mestizajes son favorables. Es posible que los resultados sean buenos o mediocres, según las razas en presencia. Por otra parte los hijos de un matrimonio entre individuos de la misma raza son de tanto en tanto anormales, o uno de entre ellos. Fuera de las perturbaciones patológicas conocidas, no sabemos a qué se debe eso.

¡ACABA DE APARECER!
ESTATISMO Y ANARQUIA
 por
MIGUEL BAKUNIN
 Tomo V de las obras completas del
 gran revolucionario ruso.
 Prólogo de Max Nettlau.
 Traducción de A. Schapiro
 y D. A. de Santillán
 UN VOLUMEN DE 320 PAGINAS
 Precio: \$ 1.50
 EDITORIAL "LA PROTESTA"
 PERU 1537
 Bs. Aires

WILLIAM HEAFORD

La infancia y sus derechos

Se ha hablado mucho de los derechos del hombre: de esos derechos primeramente negados por la autoridad, después arrancados por la justicia indignada del pueblo, y convertidos fatalmente, por la malicia de los gobiernos o por el descuido de los gobernados, en fósiles sin vida, sin fuerza, incapaces de garantizarnos los beneficios sociales y políticos que se imaginaba contenidos en las leyes como lo estaba el Jahvé de los antiguos Judíos en el arca del Templo. Los derechos del hombre y del ciudadano han de reivindicarse siempre, y el medio más seguro de obtenerlos consiste en renovar incesantemente nuestra concepción del derecho, en ampliar su contenido y su significación social, en reclamarle, no como una propiedad individual ni como la fortaleza inatacable de los privilegios de la fortuna, sino como la herencia de la humanidad entera. La solidaridad y la reciprocidad son las leyes fundamentales de la vida humana; porque los derechos para ti suponen y necesitan los mismos derechos para mí; es decir, en una sociedad de personas honradas, conscientes de su carácter, orgullosas de su dignidad de hombres y poseídas del sentimiento de justicia, la felicidad material y moral del individuo está siempre limitada, amenazada, aniquilada, por el hecho de la miseria de todos los demás miembros del cuerpo social. Y — preciso es insistir sobre esto — la condición previa y sine qua non de los derechos del hombre son los derechos de la infancia.

Sin cesar de insistir sobre los derechos del hombre y del ciudadano, y de reclamar, en todos los países y bajo todos los regímenes, los cambios necesari-

os para su realización en una medida cada vez más grande y generosa, es de urgencia capital para la felicidad de la humanidad pedir el reconocimiento de los derechos de la infancia y de la adolescencia, de esos derechos imprescriptibles, naturales y necesarios, que son anteriores a todos y superiores a todo. El niño es esencialmente el padre del hombre, y, a consecuencia de nuestros malos sistemas de educación es el niño quien echa a perder al hombre aun más que el hombre al niño. El niño, naturalmente pilluelo, toma así su revancha sobre la locura de sus padres y preceptores. Se comete el disparate de tratarle como una cantidad moral despreciable, y se le sugieren todas las mentiras, sin duda con el fin de inspirarle el amor de la verdad. Causa tanta admiración esa misteriosa psicología de nuestros "niños terribles" que les impulsa hacia el mal, que no se tiene la audacia de desmentir al teólogo que proclama que hemos sido concebidos en la iniquidad y hemos nacido en el pecado, y su ridícula doctrina nos parece como la sátira de nuestras maneras de amasar la inteligencia de los niños y la explicación de la barbarie que, a pesar de todos nuestros progresos, surge incesantemente en el seno de nuestras civilizaciones, a consecuencia de las malas condiciones en que se forman las nuevas generaciones.

Examinadas atentamente esas condiciones, diríase que los niños en su mayor parte son condenados en el mundo; tanta injusticia hay en la sociedad, tanta superstición hay estancada en el corazón del hombre.

¿Quiere esto decir que haya de desesperarse del porvenir y creer que la raza humana sea víctima de la cólera implacable de los dioses o condenada por su ignorancia incurable a errar de mal en mal?

¡De ningún modo! La bancarrota de nuestra civilización no proviene de la impotencia del espíritu humano que se esfuerza por triunfar del mal, sino que resulta de que el hombre ha dado tres grandes pasos hacia la ruina moral de la sociedad humana: quiero decir que se obstina en renegar los derechos del ciudadano, los derechos de la ciudadanía y los derechos de la infancia.

Por los derechos del ciudadano comprendo la democratización integral de todas nuestras instituciones públicas y de todas las funciones y atribuciones sociales de la vida moderna bajo todas sus relaciones económicas o estéticas. De todos según sus capacidades, a todos según sus necesidades: tal es el principio de solidaridad y de reciprocidad que gobierna en la familia y que debemos hacer triunfar en la sociedad ideal, so pena de retroceder a la barbarie primitiva. En todas partes se ataca este principio, se establece la injusticia, que en resumen no es sino la desigualdad establecida como base de la sociedad humana.

Por los derechos de la ciudadana quiero decir la emancipación integral del sexo femenino de la dominación del varón. La sumisión de la mujer al yugo político y económico del hombre, su existencia al lado del hombre, no como su igual en la evaluación intrínseca de los seres, sino como el satélite del esplendor celeste del hombre o como el pálido reflejo de su gloria; esa tiranía de todos los días ejercida contra la mitad de la especie humana desmoraliza al hombre, rebaja a la mujer y hace que los hijos se resentan de la arrogancia del uno o de la sujeción de la otra. Es imposible que la humanidad marche hacia la conquista definitiva de la justicia social, si la mujer ha de permanecer como el juguete más o menos acariciado del hombre, sin ningún sentimiento de su alta misión como sacerdotisa del progreso humano, en virtud de su cualidad potencial de amante, de mujer, de madre, de inspiradora de todos los grandes sacrificios pasionales, filiales, cívicos, intelectuales. En cuanto la mujer sea libre de hallar su gloriosa carrera, los derechos de la infancia y de la adolescencia quedarán asegurados para siempre.

¿A qué tienen derecho la infancia y la adolescencia? Dicho de otro modo, ¿cuáles son sus derechos? Intentaré hacer un bosquejo sumario de esos derechos por tanto olvidados, trazar su filiación y su capital importancia.

Primeramente, según todas las leyes de la hospitalidad, el niño tiene derecho, desde su nacimiento, a la bienvenida. Le hemos invitado a que venga a nuestra casa; en nombre de la cortesía se le debe un buen recibimiento.

Es inocente de todo crimen; en el eco de sus gritos se cree oír la música del amor: la risa le es tan natural como las lágrimas. ¿Cómo negar el tributo de nuestra piedad a ese angelillo ávido de nuestras caricias y de la leche nutritiva de su madre? Como invitado nuestro al banquete de la vida, está en su derecho de tratarnos de igual a igual.

Crece entre nosotros y aprende poco a poco el mecanismo del lenguaje. Todos sus mayores son sus preceptores: el universo es su escuela. Para aprender bien su lección, necesita ampliamente de nues-

tro amor, de nuestra simpatía, de nuestra perfecta buena voluntad para allanarle, en cuanto nos sea posible, todas las dificultades que puedan molestarle en la vida. Es seguro que la sociedad futura no tolerará que se castigue a los niños por haber venido a la órbita de nuestra existencia merced al impulso de causas extrañas a su propia voluntad.

El niño es pequeño, es débil, se puede amasar su inteligencia de modo que llegue a ser un estúpido, o se le puede dotar de cualidades intelectuales y morales de gran valor. ¿Qué va a hacerse de él? A su nacimiento el carácter del niño es una tierra virgen: a nosotros corresponde poner en él las buenas semillas de la instrucción o dejar crecer en él las espinas y las plantas insanas de la ignorancia.

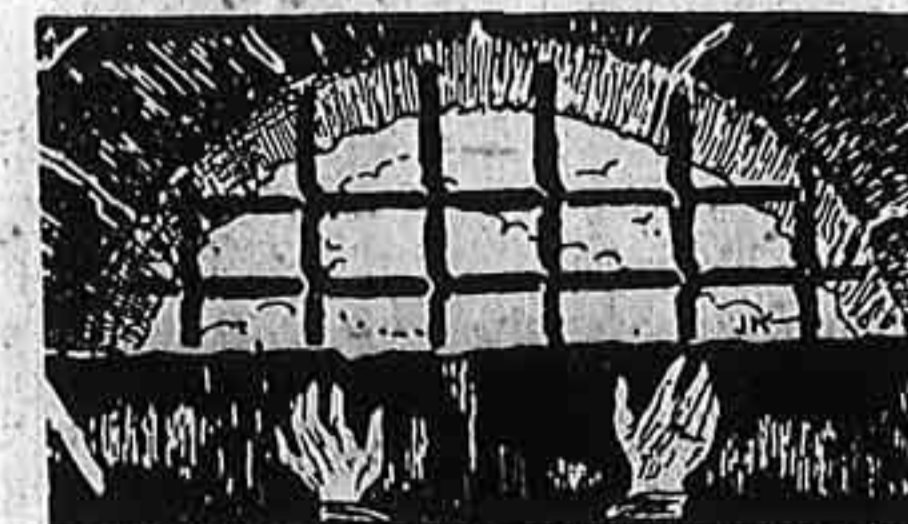
El niño es la franqueza personificada: ríe cuando es dichoso, profiere gritos dolorosos y vierte torrentes de lágrimas cuando es desgraciado; es sincero, sin miedo y sin tacha. La sinceridad equivale a la verdad y precisamente la reclama como su derecho.

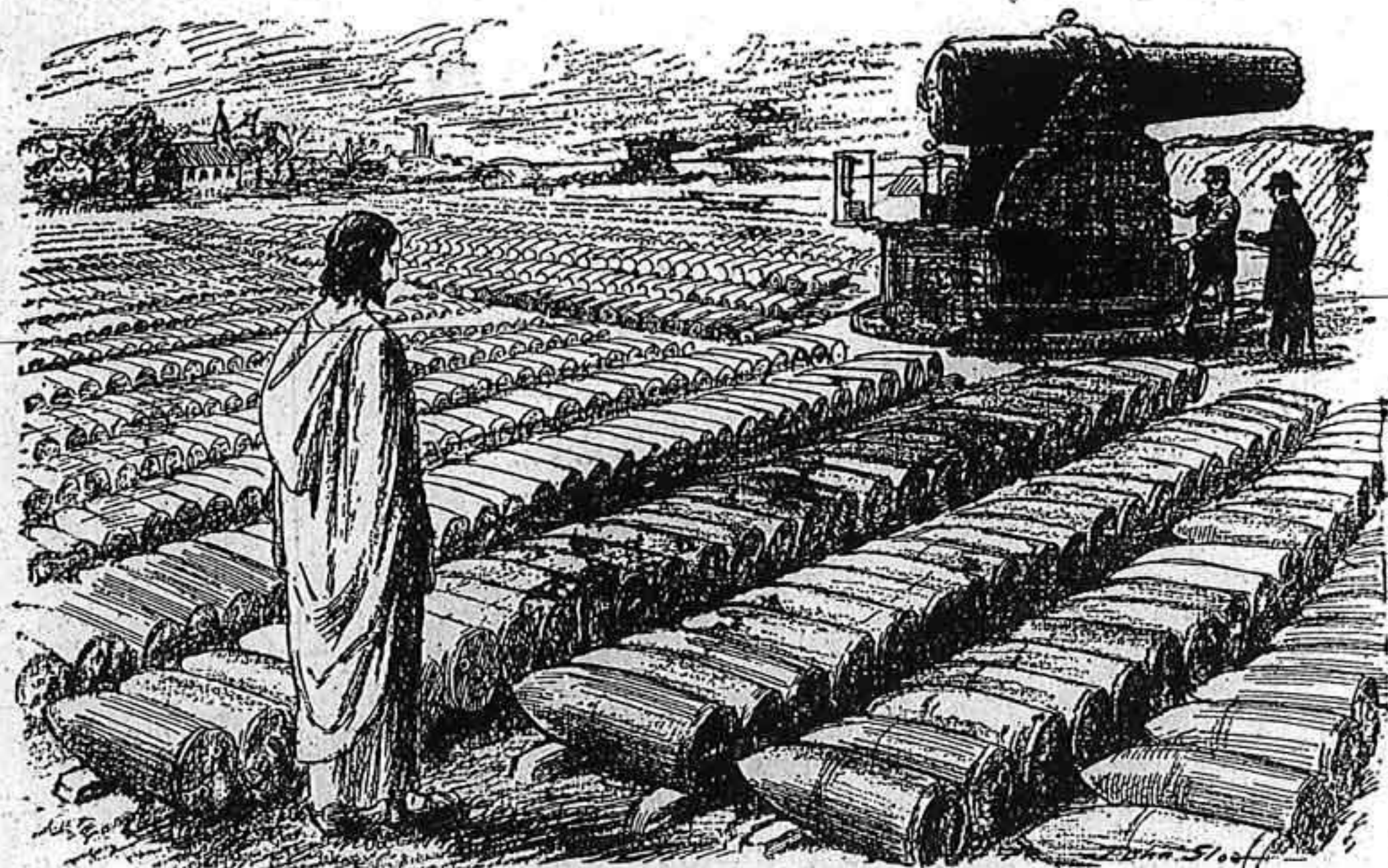
El que engaña a un niño es culpable de una odiosa superchería. Desnaturalizando los hechos se desnaturaliza a sí mismo al mismo tiempo que corrompe la cándida inocencia de su víctima. En cuanto el hombre logra que la mentira se haga convencional y "adaptada" a las necesidades intelectuales de la infancia, puede considerarse como despojado del carácter de hombre honrado para hacerse envenenador de la inteligencia de las nuevas generaciones.

Sinceridad, solidaridad, simpatía: he ahí los principios que han de sentarse como base de la escuela, de la vida social, de nuestros entusiasmos individuales.

La sinceridad contiene la verdad, todas las verdades; aniquila todas las hipocresías, todas las retenciones, todos los equívocos de la ignorancia y todas las malicias de los que la explotan; descubre todos los misterios, denuncia todas las mentiras, y pone fin a todas las falsificaciones. La luz, la vida, la salud, la verdad son de la santa familia de la sinceridad. El niño es el ser adorado de ella porque es el que la adora.

Solidaridad y sinceridad son hermanas gemelas. Cuando los padres y los profesores sepan ser sinceros con los niños, las nuevas generaciones serán solidarias de sentimiento y de amor con las que les precedieron. Tan malo es distribuir las mentiras entre los niños y las verdades entre los hombres hechos, como retener la mujer en la ignorancia y la servidumbre en tanto que el hombre adquiere las ciencias y dicta las leyes que gobiernan la vida de todos los seres en la sociedad. La mentira no es la vía láctea del progreso humano.





—¡En mí nombre! Después de diez y nueve siglos...

La rutina no tiene solamente por consecuencia el esterilizar el espíritu para los descubrimientos; posee el más sorprendente aún, el de cegarle para los descubrimientos ajenos, y ser un obstáculo para el progreso. La historia nos demuestra que las invenciones más bellas, las que han proporcionado a la humanidad más bienestar, las que estaban llamadas a disminuir en mayor grado su lote de sufrimientos, son justamente las que se han combatido con mayor aspereza y por los mismos que habían de ser los primeros en beneficiarse de ellas. ¿Es preciso recordar el cálculo infinitesimal, combatido por los matemáticos, a los cuales, sin embargo, iba a abrir un campo de acción ilimitada? ¿O a Jacquart, al cual los tejedores quisieron ahogar en el Ródano por haber tratado de mejorar su suerte por la invención de la máquina para tejer? ¿O el primer buque de vapor de Fulton, que veleros celosos rompieron furiosamente, o el de los ferrocarriles que han combatido los posaderos y los chalanes, creyendo que iba a perjudicar a su industria? ¿O a Thimonnier, el inventor de la máquina de coser, inventor inofensivo, parece, pero cuyas

máquinas fueron, sin embargo, rotas por una banda de sastres, bajo pretexto de que iban a suprimir el trabajo a mano y que murió en la peor miseria, después de haber conocido toda serie de privaciones y amarguras? ¿O a Pasteur, perseguido por los criadores de gusanos de seda del mediodía de Francia, por haber propuesto un nuevo modo de curación de estos animales, método nuevo que iba a conducir otra vez la riqueza a sus países desolados? ¿O para tomar ejemplos en el dominio de la educación, Pestalozzi, escarnecido, tratado de loco, por haber querido introducir un poco de vida y de amor en la enseñanza de los niños; a Seguin, el protagonista de la educación de los idiotas y de los retrasados, obligado a predicar en desierto y después a expatriarse?

Ser un obstáculo para el progreso, por no hallarse en estado de apreciar su importancia, he ahí el gran peligro de la rutina; es decir, de una práctica pura, que no se halla sostenida e iluminada por una inteligencia despierta.

E. CLAPAREDE

ELISEO RECLUS

A PROPOSITO DEL VEGETARISMO

...Uno se admira, al leer los periódicos, de que todas las atrocidades de la guerra de China no sean un sueño feo, una lamentable realidad! ¿Cómo es posible que hombres que han tenido la dicha de ser acariciados por sus madres, y de escuchar en las escuelas las palabras de justicia y de bondad, cómo es posible que esas fieras de cara humana encuentren gusto en amarrar los chinos unos a otros por sus vestidos o sus colas para lanzarlos al río? ¿Cómo es posible que maten a los heridos y que hagan ahondar sus tumbas a los prisioneros antes de fusilarlos? ¿Y quiénes son esos horribles asesinos? Son gentes que nos asemejan, que estudian y leen como nosotros, que tienen hermanos, amigos, una mujer o una novia; y tarde o temprano estamos expuestos a encontrarlos, a estrecharles la mano sin encontrar los vestigios de la sangre derramada! ¿Pero no hay acaso una relación directa de causa a efecto entre la alimentación de esos verdugos que se dicen "civilizados" y sus actos feroces? ¿Ellos también se han acostumbrado a ponderar la carne sangrienta como generadora de salud, de fuerza y de inteligencia. Ellos también entran sin repugnancia en las carnicerías donde uno resbala sobre un piso rojizo, donde se respira el olor acre de la sangre! ¿Hay acaso una diferencia tan grande entre el cadáver de un buey y el de un hombre? Los miembros descuartizados, las entrañas mezcladas del uno y del otro se parecen mucho: la matanza del primero facilita el asesinato del segundo, sobre todo cuando resuena el orden del jefe y se oyen de lejos las palabras del señor soberano coronado: "¡Sed implacables!..."

...No es una digresión el mencionar los horrores de la guerra a propósito de las hecatombes de animales y de los banquetes para los carnívoros. El régimen de alimentación corresponde del todo a las costumbres de los individuos.

La sangre llama a la sangre. A este respecto cada cual puede evocar sus recuerdos sobre los hombres que ha conocido, y ninguna duda podrá subsistir en su espíritu ante el contraste que, de un modo general, presentan los grandes comedores de carne, los ávidos bebedores de sangre, comparados a los vegetarianos, con sus costumbres amenas, la dulzura de su carácter y la igualdad de su vida.

...Para la gran mayoría de los vegetarianos, la cuestión no está en saber que su músculo es más sólido que el de los carnívoros, ni tampoco que su organismo presenta mayor cúmulo de resistencia contra los choques de la vida y los peligros de la muerte, lo que no deja de ser muy importante: para ellos se trata de reconocer la solidaridad de afección y de bondad que une el hombre al animal; se trata de extender a nuestros así llamados hermanos in-

feriores el sentimiento que en la especie humana ha puesto ya fin al canibalismo. Las razones que podían evocar en el pasado los antropófagos contra el abandono de la carne humana en la alimentación diaria, tenían el mismo valor que aquellos que usan hoy los simples carnívoros. El caballo y el buey, el conejo, la liebre y el venado nos convienen más como amigos que como carne. Deseamos conservarlos, ya sea como compañeros de trabajo respetados, ya como simples asociados en la alegría de vivir y de amar.

...Pero no se trata de ningún modo entre nosotros de fundar una nueva religión y de atenernos a ella con un dogmatismo de sectarios: se trata de hacer nuestra existencia tan hermosa como sea posible y de conformarla en cuanto dependa de nosotros a las condiciones estéticas del medio en que vivimos.

Así como nuestros antepasados llegaron a tener náuseas al comer la carne de sus semejantes y dejaron un buen día de adornar sus mesas con carne humana; así como entre los carnívoros actuales hay muchos que se negarían a comer la carne del noble caballo, compañero del hombre, o la del perro y de los gatos, los huéspedes acariciados del hogar, así también nos repugna a nosotros beber la sangre y triturar entre nuestros dientes el músculo del buey, el animal que nos da el pan. Anhelamos no oír más la voz de los corderos, el mugido de las vacas, el gruñido y los gritos estridentes de los cerdos que se conducen al matadero; aspiramos al tiempo en que ya no pasaremos más, corriendo, para acortar el horroroso minuto, ante un lugar de matanza, con sus riachuelos sanguinolentos, sus filas de aceros puntiaguados de los que cuelgan cadáveres, su personal manchado de sangre, armado con horribles cuchillos. Tenemos, en fin, el deseo de vivir en un lugar donde no correremos más peligro de ver carnicerías llenas de cadáveres, al lado de tiendas de sederías o de alhajas, al frente de la farmacia o del mostrador con frutas perfumadas, o de la bella librería, adornada con grabados vistosos, estatuas y obras de arte. Queremos en torno nuestro un medio que guste a la vista y que armonice con la belleza. Y dado que los fisiólogos; dado — mejor aún — que nuestra propia experiencia nos dice que esta fea alimentación de carnes disfrazadas no es necesaria para sostener nuestra existencia, nosotros alejaremos todos esos horribles alimentos que gustaban a nuestros antepasados y gustan aún a la mayor parte de nuestros contemporáneos. Nos atrevemos a esperar que, antes de mucho, éstos tendrán la delicadeza de esconder su alimentación. Los mataderos han sido ya relegados a los arrabales apartados, que las carnicerías sigan el mismo camino, acomodándose, como los pesébrs, en los rincones oscuros.

... Todo lo que es feo en las personas, en los actos, en la vida, en la naturaleza que nos rodea, he ahí el enemigo por excelencia. Volvamos bellos nosotros mismos y que nuestra vida sea bella.

¿Cuáles son, pues, los alimentos que parecen adaptarse mejor a nuestro ideal de belleza, tanto en su naturaleza como en la preparación a que tendrán que ser sometidos? Esos alimentos son precisamente los que en todo tiempo fueron los más apreciados por los hombres de vida sencilla y que pueden mejor que ningún otro pasarse de los artificios engañosos de la cocina. Son los huevos, los granos y las frutas, es decir, los productos de la vida animal y de la vida vegetal, los cuales representan a un mismo tiempo en los organismos el descanso temporal,

la vitalidad y la concentración de los elementos necesarios a la formación de nueva vida. Los huevos del animal, los granos de la planta, las frutas de los árboles representan el fin de un organismo que ya no es, el principio de un organismo que no es aún. El hombre los recoge para su alimentación sin matar el ser que los da, visto que se han formado en el punto de contacto entre dos generaciones. Por lo demás, los sabios que se ocupan de química orgánica ¿no nos dicen que el huevo del animal o de la planta es el recipiente por excelencia de todo elemento vital? *Omne vivum ex ovo*. ("Todo ser viviente proviene de un germen". El aforismo biológico de Harvey).

C. BERNIERI

Un federalista ruso: Pedro Kropotkin

II

Kropotkin dice a los campesinos: "En otro tiempo el suelo pertenecía a las comunas, compuestas por aquellos que cultivaban la tierra con sus brazos, pero a fuerza de fraudes, de abusos, de violencias, las tierras comunales se han vuelto propiedad privada. Es necesario, entonces, que los campesinos, organizados en comunas tomen nuevamente estas tierras, para ponerlas a disposición de aquellos que quieran cultivarlas". Y todavía: "¿Hay que abrir una calle? Y bien, los habitantes de las comunas vecinas se entienden entre ellos y la harán mejor que el Ministerio de los trabajos públicos. ¿Hay que construir una línea férrea? Las comunas interesadas de una entera región la harán mejor que los empresarios que acumulan millones haciendo malos caminos. ¿Necesitáis escuelas? Las haréis bien vosotros mismos, al par de los señores de París y todavía mejor. El Estado no tiene nada que ver en todo esto; escuelas, caminos, canales estarán bien hechos por vosotros y con menos gastos". Estos pasajes de "Palabras de un rebelde" ponen en evidencia que en "La conquista del pan" donde dice que la Comuna distribuirá los productos; racionará la leña, regulará el pasto, dividirá las tierras, etc., no se entiende la Comuna "sucursal del Estado", pero sí la libre asociación de los interesados, que puede ser, unas veces la cooperativa, otras la corporación, o la simple unión provisoria de varias personas unidas por una necesidad común.

Kropotkin no se preocupa mucho, aún reconociendo la gravedad de los peligros inherentes al particularismo. He aquí un pasaje característico a este respecto: "Todavía en nuestros días, el espíritu de predominio podría excitar celos entre dos comunas vecinas, impedir su alianza directa y encender también la lucha fratricida. Pero si estos celos pueden efectivamente impedir la federación directa de estas dos comunas, es por medio de los grandes centros que esta federación queda constituida. Hoy, dos

pequeños municipios vecinos no tienen nada que los una directamente; las pocas relaciones que mantienen servirían más bien para hacer nacer conflictos que para estrechar lazos de solidaridad. Pero las dos tienen ya un centro común con el cual están en frecuentes relaciones, sin el cual no podrían existir, y malgrado todos los celos por el ansia de dominar, se verán obligadas a la unión por medio de la gran ciudad donde se proveen y donde llevan sus productos; alguno de ellos deberá formar parte de la misma federación para mantener las relaciones con este centro y unirse en torno a él".

También aquí tenemos una simplificación del problema federalista. Para juzgar bien a Kropotkin es necesario tener en cuenta no solamente lo que ha escrito sino también aquello que no ha podido escribir. Ciertas precipitaciones, ciertas lagunas, ciertas excesivas simplificaciones de los complejos problemas no son debidas sólo a su "forma mentis", sino también a la imposibilidad material de desarrollar los propios puntos de vista. Kropotkin ha escrito siempre para diarios destinados a ser leídos por gente del pueblo. Profundamente democrático, ha renunciado siempre voluntariamente a los oropeles del doctrinario para estar en mangas de camisa, como Malatesta, que es teórico original y hombre culto. Ni sus opúsculos representan la entera manifestación de sus ideas, la exposición completa de sus rebuscas, y el por qué lo dice él mismo en sus "Memorias": "Necesitaba elaborar un estilo nuevo para estos opúsculos. Confieso que a menudo envidiaba a los escritores que disponen de las páginas que quieren para desarrollar sus ideas y a los cuales les es permitida la excusa de Talleyrand: "No he tenido tiempo para ser breve". Cuando me tocaba condensar los resultados del trabajo de varios meses — sobre, digamos, los orígenes de la ley — en un opúsculo de dos centavos, necesitaba mucho tiempo para abreviar".

Estas dificultades materiales Kropotkin no las tuvo sino hasta cerca de fines del año 1884; después,

durante casi treinta años, tuvo el modo de escribir libros poderosos. Pero en este segundo periodo él fué más doctrinario que agitador y ocupó su pensamiento en la busca histórica y en los estudios científicos, así que "Palabras de un rebelde" es su mejor obra anarquista, por la frescura de expresión y la coherencia ideológica.

Alguien ha querido ver en la actitud asumida por Kropotkin en 1914, analogías con la de Bakunin en 1871. Bakunin estaba por la defensa revolucionaria de Francia, después que en París la revolución había barrido a la monarquía; y era adverso también, al gobierno republicano de París, contra el cual propagó la insurrección para oponer al ejército prusiano tan sólo la revolución popular.

Con su intervencionismo Kropotkin se separó del anarquismo, y llegó a firmar el "Manifiesto de los diez y seis" en 1916, lo cual señaló el colmo de la incoherencia de los anarquistas intervencionistas, y fué al lado de Kerenski, en Rusia, para la prosecución de la guerra.

Kropotkin vió que el problema federalista era un problema técnico y en efecto él afirma en su último libro, "La ciencia moderna y la anarquía", que el hombre estaba obligado a encontrar nuevas formas de organización para las funciones sociales que el Estado expresa a través de la burocracia y que "hasta que esto no se haga, nada se habrá hecho" pero no pudo, por su vida, aventurera a veces y otras estrechamente científica, desarrollar sistemáticamente su concepción federalista. Y a tal desarrollo se oponía, por la parte proyectista su misma concepción anárquica en la cual el "élan vital" popular constituye el alma de la evolución de sus realizaciones parciales, variantes al infinito en el espacio y en el tiempo de la historia.

¿Cuál fué la actitud de Kropotkin frente a la guerra europea y a la revolución rusa? Creo interesante hablar de ella, puesto que al determinarse en tal sentido contribuyó su pensamiento federalista. En sus "Memorias", escribe Kropotkin: "El conflicto entre marxistas y bakuninistas no fué una cuestión personal. Fué el conflicto necesario entre los principios del federalismo y los del centralismo, entre la Comuna libre y el Gobierno de Estado, entre la acción libre de las masas populares marchando hacia su emancipación y el perfeccionamiento legal del capitalismo en vigor — un conflicto entre el espíritu latino y el espíritu sajón". — Terminada la guerra europea Kropotkin vió en la Francia la conservadora del espíritu latino, es decir de la revolución y en Alemania el triunfo de la estatolatría, esto es de la reacción. Su actitud fué la del interventista democrático.

Y, en los primeros tiempos, se une a los chauvinistas de la Entente, y cae, como Guillaume (1) en la exageración.

Pero en la uniteralidad de su posición es notable la confirmación de su fe federalista. El estaba contra Alemania porque veía en ella un peligro para la autonomía de los pueblos y para la descentralización. En su carta al profesor G. Steffen (2) él hacía presente: "Para los Estados orientales de Europa y especialmente para Rusia, Alemania era el punto de apoyo principal de toda reacción. El militarismo prusiano, la burla de instituciones populares repre-

sentativas ofrecidas al Reichstag alemán y al feudal Landtags de las separadas partes del imperio alemán y la servidumbre de las nacionalidades sujetas en Alsacia y especialmente en la Alemania polaca, donde los campesinos son tratados peor que en Rusia — sin la protesta de los partidos políticos avanzados — estos frutos del imperio alemán son las lecciones que la moderna Alemania, la Alemania de Bismarck impartía a todos sus vecinos y especialmente al absolutismo ruso. El absolutismo no se habría mantenido largamente en Rusia ni habría permitido el aplastamiento de los polacos y de los finlandeses sino hubiera tenido por maestro la "cultura alemana" y si la autoridad no hubiese estado segura de la protección de Alemania".

Y previendo la crítica: ¿Olvidan la autocracia rusa?, escribía: "Ninguno piensa que después de la presente guerra, en la cual todos los partidos rusos están sublevados unánimemente contra el enemigo, pueda haber la posibilidad de un retorno a la antigua autocracia; esto es materialmente imposible. Aquellos que han seguido seriamente el movimiento revolucionario ruso en 1905 saben cuales fueron las ideas dominantes durante el periodo de la primera y segunda дума elegida de manera relativamente libre. Estos saben seguramente que el "home-rule" de todas las partes que componen el imperio fué la base fundamental de todos los partidos liberales y radicales. Más aun: Finlandia cumplió su revolución en forma de una democrática autonomía y la Duma la aprobaba.

Y, en fin, aquellos que conocen a Rusia y su último movimiento revolucionario comprenden ciertamente que "la antigua autocracia no será jamás restablecida en las formas en que estaba antes de 1905, y que una constitución no podrá nunca tomar las formas imperialistas y el espíritu que el parlamentarismo ha tomado en Alemania. Según nosotros, que conocemos la Rusia bastante bien, estamos seguros que jamás los rusos serán capaces de volverse una nación agresiva y belicosa como Alemania. No solamente toda la historia de Rusia lo demuestra, sino que la forma como está constituida la Federación rusa impide en un futuro muy próximo el desarrollo del espíritu militarista".

Para Kropotkin Rusia era el país del "Mir", el país que le había ofrecido buenas cosechas de observación sobre los frutos y la posibilidad de la iniciativa popular.

La guerra europea lo alejó de su familia política: el movimiento anarquista; la revolución rusa de octubre lo volvió a ella.

Kropotkin escribía muchos años ha, combatiendo la ilusión que las sociedades secretas revolucionarias podrían, abatida la tiranía zarista, "sustituir el mecanismo burocrático abatido por una administración constituida por revolucionarios honestos e intransigentes: "Otros — los prudentes que trabajan por crearse un nombre, mientras los revolucionarios horadan sus minas o perecen en Siberia; — otros — los intrigantes, los charlatanes, los abogados, los literatos que a intervalos derraman una lágrima bien pronto seca sobre la tumba de los héroes y se jactan de amigos del pueblo — he aquí aquellos que ocuparán el puesto vacante del gobierno y gritarán ¡Atrás! a los "desconocidos" que habrán preparado la revolución". La profecía de Kropotkin ha tenido la más amplia confirmación, y él ha estado en la oposición que hubiera tenido mucha repercusión.

sión si su intransigencia interventista no le hubiese quitado todo prestigio político.

En una entrevista de Agustín Souchy, publicada por "Erkenntnis und Befreiung" de Viena, Kropotkin dice: "Nosotros debemos tener Consejos de Comunas. Los Consejos comunales tendrían que trabajar por propia iniciativa. Prepararse, por ejemplo, para que en caso de mala cosecha no falten a la población los productos de primera necesidad. El gobierno centralizado, es en este caso, un aparato extraordinariamente pesado (3). Mientras federalizando los Consejos se crearía un centro vital". En su encuentro con Armando Borghi, Kropotkin insistió mucho sobre el rol de los sindicatos como células de la revolución social autonomista y antiautoritaria. En una de sus últimas cartas (23 de diciembre de 1920) al anarquista holandés De Reijnders, que fué publicada en la "Vrije Socialist", Kropotkin escribía: "La revolución social ha tomado, desgraciadamente, en Rusia, un carácter centralizador y autoritario".

El pensamiento de Kropotkin sobre la revolución rusa está expuesto en un mensaje a los trabajadores occidentales, remitido el 10 de junio de 1920 a Miss Bonfield que, con otros delegados del "Labour Party", llegó a saludarlo en su casita en Dimitrow (4). Este mensaje es un notable documento para la historia de la revolución rusa.

Kropotkin aunque dijo que si la tentativa de establecer una sociedad nueva mediante la dictadura de un partido está destinada al fracaso, no se puede dejar de reconocer que la revolución ha introducido en la vida rusa nuevas concepciones sobre las funciones sociales y sobre los derechos del trabajo y sobre los deberes de cada ciudadano, expone sus ideas haciendo una crítica serena pero intransigente al bolcheviquismo, como dictadura de partido y como gobierno centralizado.

El primer problema general es el de las nacionalidades que componen a Rusia. Sobre esta cuestión Kropotkin escribe:

"Una vuelta a las relaciones entre las naciones americanas, europeas y Rusia no debe ciertamente significar la admisión de la supremacía de la nación rusa sobre las nacionalidades de que se componía el imperio de la Rusia de los zares.

La Rusia imperial ha muerto y no resucitará nunca más. El porvenir de las diversas provincias que componían el Imperio está en una gran federación. Los territorios naturales de las diferentes partes de esta federación son completamente distintos de aquellos que nos son familiares con la historia de Rusia, de su etnografía y de su vida económica. Todas las tentativas para conducir de nuevo las partes constituyentes del imperio ruso, Finlandia, Provincias Bálticas, Lituania, Ucrania, Georgia, Armenia, Siberia y otras, bajo una autoridad central están seguramente destinadas al fracaso. El porvenir de lo que fué el Imperio ruso está en una federación de unidades independientes.

Por esto sería del interés de todas las naciones occidentales que declararan ante todo reconocer a cualquier fracción del ex-imperio ruso el derecho de gobernarse a sí misma".

Mas el federalismo de Kropotkin va más allá de este programa de autonomía etnográfica. El dice de entrever en el próximo porvenir "un tiempo en que cada una de las partes de la federación será ella misma una libre federación de comunas rurales y de ciudades libres, y creo igualmente, que también

la Europa occidental se encaminará en esta dirección".

Y he ahí delineada la táctica revolucionaria de los autonomistas federalistas y expuesta la crítica a la centralización estatolatra de los bolcheviquis.

"La revolución rusa — continuadora de las dos grandes revoluciones inglesa y francesa — se esfuerza en proseguir desde el punto donde habíase parado la Francia cuando había alcanzado la noción de la "igualdad de hecho", vale decir de la igualdad económica.

Desgraciadamente esta tentativa se ha hecho en Rusia bajo la dictadura fuertemente centralizada de un partido, el de los bolcheviquis. La misma tentativa fué hecha por Babeuf y sus partidarios, tentativa centralista y jacobina. Debo francamente confesar que, a mi modo de ver, esta tentativa de edificar una república comunista sobre bases estatales fuertemente centralizadas, bajo la ley de hierro de la dictadura de un partido, está resolviéndose en un formidable fracaso. La Rusia nos enseña "como no se debe imponer el comunismo", aunque sea a una población cansada del antiguo régimen e imponente para oponer resistencia activa al experimento de los nuevos gobernantes.

La idea de los Soviets o de los Consejos de trabajadores y campesinos, preconizada ya durante la tentativa revolucionaria de 1905 y realizada sin más en febrero de 1917, fué una idea maravillosa. El hecho mismo de que estos Consejos deban controlar la vida política y económica del país supone que ellos deben estar compuestos de todos cuantos participan personalmente en la producción de la riqueza nacional.

Pero mientras un país sufre la dictadura de un partido, los Consejos de obreros y campesinos pierden evidentemente todo significado. Sus funciones se reducen a la parte pasiva representada en el pasado por los Estados generales o por los parlamentos convocados por el monarca y obligados a tener a la cabeza un omnipotente Consejo real.

Un Consejo del trabajo no puede ser un cuerpo consultivo libre y eficaz cuando falta la libertad de imprenta, situación en que nos encontramos en Rusia desde hace casi dos años, con el pretexto del estado de guerra. Y cuando las elecciones se hacen bajo la presión dictatorial de un partido, los Consejos de obreros y campesinos pierden su fuerza representativa. Se quiere justificar todo esto diciendo que para combatir el antiguo régimen hace falta una ley dictatorial. Pero esto constituye una regresión cuando se trata de proceder a la construcción de una nueva sociedad sobre bases económicas nuevas. Ello equivale a la condena a muerte de la reconstrucción.

Los medios empleados para derrocar un gobierno ya débil y tomar su puesto son conocidos en la historia antigua y moderna. Pero cuando hay que reconstruir sobre nuevas formas de vida, especialmente en lo que respecta a la producción y al cambio, sin tener ningún ejemplo que imitar, cuando cada problema debe ser resuelto rápidamente, entonces un gobierno omnipotente, fuertemente centralizado, que se ocupe de todas las cosas, es absolutamente incapaz de hacer eso por medio de sus funcionarios. Por innumerables que sean, vuélvense un obstáculo. Se desarrolla así una formidable burocracia frente a la cual el sistema francés que requiere la intervención de cuarenta funcionarios para vender un árbol vol-

teado sobre la calle por una tempestad, es una bagatela.

Y vosotros, trabajadores de Occidente, debéis y podéis evitar esto por todos los medios, puesto que todos debéis preocuparos del suceso de una reconstrucción social.

El inmenso trabajo reconstructivo requerido por una revolución social no puede ser cumplido por un gobierno central, aunque para guiarse en este trabajo se tuviera algo más substancial que algún opúsculo socialista o anarquista.

Se necesita el conocimiento, la inteligencia y la colaboración voluntaria de una masa de fuerzas locales y especializadas las cuales solas puedan vencer las dificultades que se presenten de los diversos problemas económicos en sus aspectos locales.

Rechazar esta colaboración y confiarse al genio de los dictadores de partidos es como destruir todos los núcleos independientes, como los sindicatos llamados en Rusia uniones profesionales, y las cooperativas de consumos locales, transformándolas en órganos burocráticos del partido como se hace en la actualidad. Este es el medio no de perfeccionar la revolución sino de hacer imposible su realización. Por eso considero un deber aconsejaros que no toméis nunca tal línea de acción".

Este es el pensamiento de Kropotkin sobre la Revolución Rusa, en confirmación con toda su propaganda. Y es este el pensamiento que ha animado y anima la oposición de los anarquistas rusos.

Kropotkin, viejo, enfermo, en la miseria, ha muerto en la inacción, después de haber tentado promover un movimiento federalista pero sin poder reali-

zar nada por la falta de libertad y porque su interventismo "a outrance" le había quitado todo prestigio político.

El problema federalista ya sea en el campo de la nacionalidad ya en el de la organización política y económica, es el problema vital de Rusia. Cuando la experiencia y la oposición hayan llevado, definitivamente, a los comunistas rusos fuera de sus esquemas doctrinales y la unión de los partidos de la izquierda de los primeros pasos sobre la ruta de la nueva revolución, la figura de Pedro Kropotkin aparecerá en toda su magnitud y su pensamiento servirá de alimento a los nuevos reconstructores. En el federalismo kropotkiniano hay un excesivo optimismo, hay simplicismos y contradicciones; pero hay una gran verdad: que la libertad es condición de vida y de desarrollo para los pueblos; que solamente cuando un pueblo se gobierne por sí y para sí está al seguro de la tiranía y seguro de su progreso.

Tradujo J. GIGARO.

(1) Autor del infeliz folleto, "Carlos Marx pan-germanista".

(2) En el número de octubre de 1914 de "Free don" de Londres.

(3) Kropotkin expresa su hostilidad por la economía coercitiva del gobierno bolchevique en una entrevista con W. Meakin, correspondiente al "Daily News". Ver también la interesante entrevista con A. Berkman, en "Le Libertaire" del 24 de febrero de 1922.

(4) Una reproducción, incompleta de este mensaje la publicó "Umanità nova", 22 de julio de 1920.

ESTATISMO ANARQUIA

SE TITULA EL QUINTO VOLUMEN DE LAS OBRAS
COMPLETAS DE MIGUEL BAKUNIN, RECIENTEMENTE
EDITADO POR "LA PROTESTA"

¡LEALO, COMPAÑERO!



BIBLIOGRAFIA

MIGUEL BAKUNIN. — Estatismo y Anarquía. Vol. V de las Obras Completas. Prólogo de M. Nettlau. Trad. A. Schapiro y D. A. de Santillán; 316 págs. Editorial LA PROTESTA. Bs. Aires, 1929. Precio, \$ 1.50.

Con el quinto tomo de las obras de M. Bakunin hemos superado la parte de la obra del gran revolucionario más difícilmente accesible para la generación de los lectores. Se trata de trabajos raramente terminados, en los que el estudioso encuentra una mina inagotable, pero que no tienen para el gran número el interés de la actualidad inmediata ni menos el acabamiento de la forma. Sin embargo estamos seguros que esos cinco volúmenes que hemos logrado editar ya han de leerse hoy como dentro de veinticinco o cincuenta años por una minoría de militantes y de investigadores y han de ser apreciados en su justo valor.

Los tomos que deben seguir en lo sucesivo, si las fuerzas no nos faltan, tienen un contenido más sugestivo; son artículos de propaganda menuda, cartas, escritos polémicos siempre interesantes y apasionados contra Mazzini, contra Marx, etc. Todo ese material estará más al alcance de la comprensión inmediata de los lectores. Por eso consideramos un triunfo el haber llegado a este tomo quinto, un libro que hasta ahora sólo había aparecido en dos ediciones en ruso. Una vez hecha la peor parte del largo camino, la parte más viable creemos que no nos ha de ser imposible. Hemos venido abrigando durante todos estos años la ambición de presentar a Bakunin tal como ha sido, mediante sus escritos dispersos, en gran parte inéditos todavía, y por la biografía que escribió Max Nettlau. Una parte de esos propósitos ya la tenemos ahí convertida en realidad. ¿Cuándo veremos el resto?

MAX NETTLAU. — Eliseo Reclus. La vida de un sabio justo y rebelde. Trad. de V. Oróbn Fernández. Tomo I. Un vol. de 291 págs. Editorial LA PROTESTA. Bs. Aires, 1929. Precio, \$ 1.50.

El primer tomo de la biografía de Reclus por Max Nettlau acaba de salir; el segundo vendrá pronto también. De esta obra se hacen dos ediciones simultáneas, una para "La Revista Blanca" de Barcelona y otra para nuestra Editorial.

El sumario de este primer tomo está compuesto

por los XII capítulos que siguen:

I. — La infancia de Eliseo Reclus en la Gironda y en Bearne (1830-1842). — II. — Años escolares en Neuwied y en Sainte-Foy-la Grande y estudios universitarios en Montauban (1842-1849). — III. — Reclus como maestro en Neuwied y como estudiante en Berlín. — Viaje a pie de Estrasburg a Montauban (fines de 1849-verano de 1851). — IV. — Extractos del manuscrito anarquista más antiguo de Eliseo Reclus: "Desenvolvimiento de la libertad en el mundo, otoño de 1851. — Eliseo Reclus en Orthez en 1851. — Huída de Francia después del golpe de Estado del 2 de diciembre. — Destierro en Londres. — Irlanda (diciembre de 1851-fin de 1852). — VI. — Eliseo Reclus en New Orleans y en la plantación Fortier a orillas del Mississippi (primeros meses de 1853 hasta cerca de marzo de 1856). — VII. — Eliseo Reclus en Nueva Granada (Colombia) — cerca del istmo de Panamá, en Santa Marta, Biohacha y en la sierra nevada de Santa Marta (primavera de 1856 a verano de 1857). — VIII. — Eliseo Reclus en París desde el verano de 1857. — Los años 1857-1862 y sus viajes de entonces. — IX. — Los años 1863-1868 en París y Vascoeuil; "La Terre"; Bakunin y el congreso de Berna en la Liga de la paz y de la libertad (septiembre de 1868). — X. — La vida de Eliseo Reclus durante y después del sitio de París y en Gironda (septiembre de 1870-febrero de 1871). — XII. — Eliseo Reclus durante la Comuna de París y en cárceles francesas hasta su destierro en Francia por diez años (18 de marzo de 1871 — 14 de marzo de 1872).

Este libro es de los que están consagrados a una larga vida y a una fecunda acción educadora. Nosotros nos congratulamos de ver esta obra en la calle como nos congratulamos después de toda gran victoria ganada al enemigo. Pensamos que la inmensa mayoría de nuestros camaradas es de la misma opinión.

El libro puede pedirse a la Gullda, de amigos del libro o a esta administración.

FRANCISCO FERRER Y GUARDIA. — La Escuela Moderna. — Trad. al yiddisch por I. Gorodisky. Edición de la Buj-Gemeinschaft bei der yiddischer razionalistischer Gesellschaft. Un vol. de 198 págs. (Pedidos a Sucursal 15, Casilla 16, Bs. Aires, 1929.

Una especie de Gullda para la publicación de obras de la literatura libertaria en yiddisch acaba de pres-

tar un buen servicio a la causa de la libertad con la versión de "La Escuela Moderna" de Ferrer. Con este libro y el volumen consagrado por Rocker al apóstol de la escuela moderna, los lectores del yiddisch están en mejores condiciones que la mayoría de los propios lectores españoles para apreciar las doctrinas y la personalidad de Ferrer.

ANGESTELLTE UND ARBEITER (Obreros y empleados). Tres conferencias por Albert Thomas, Emil Lederer y Otto Suhr. Edit. "Allgemeinen Freien Angestelltenbund", Berlín, 1928.

Existe en Alemania un movimiento de empleados, orientados tanto por Amsterdam como por Ginebra, pero que, haciendo abstracción de ello, nos da un ejemplo palpable del valor de la investigación social y económica para cimentar sólidamente un movimiento. Varios hombres de ciencia y técnicos colaboran con la organización de los empleados y han conseguido establecer lo que casi estamos tentados a llamar la ciencia del empleado. En el folleto que tenemos a la vista, el Dr. Otto Suhr investiga la posición de los empleados en la economía alemana y el Dr. Emil Lederer nos describe el movimiento en la estructura del proletariado. En un apéndice se nos presentan sugestivas estadísticas sobre el porcentaje del empleado según los años y las industrias en diversos países. En suma, una valiosa contribución a las ciencias sociales y a la ideología del movimiento social.

RAMON J. SENDER. — El problema religioso en Méjico. Católicos y cristianos. — Edit. Cenit, Madrid, 1928. Un vol. de 230 págs. Precio, 5 pesetas.

El problema religioso en México ha perdido por el momento su gran actualidad; el gobierno cedió al fin ante los "cristeros"; el arreglo del fascismo y el Vaticano ha contribuido quizás no poco a ello. Sin embargo ese conflicto merece que se le conozca con la mayor cantidad de detalles, porque pone de relieve el verdadero tipo de la iglesia de nuestros días y puede ofrecernos un arsenal inagotable de armas para la lucha contra la impostura religiosa. En ese sentido el libro publicado en Madrid por Ramón J. Sender es una guía excelente, que trata de ser todo lo imparcial posible y nos ofrece un hermoso cúmulo de explicaciones históricas y de hechos contemporáneos como para que el lector se forme un juicio propio sobre el asunto.

SAMUEL D. STRESOV. — Anga. Memorias de un emigrante. Buenos Aires, 1929. Un vol. de 129 págs. Precio, \$ 1.—

"Anga" es un relato que nos ha conmovido y nos ha puesto de repente, inesperadamente, ante un temperamento de escritor a quien no vacilamos en estimular desde aquí a proseguir la ruta que este libro abre. Su autor es un compañero búlgaro que lleva pocos años en la Argentina, pero que sin embargo ha logrado posesionarse de infinidad de resortes del lenguaje, familiares sólo a los que tienen verdadero fibra literaria y un buen conocimiento del idioma. El relato tiene un sabor a lo Panait Istrati y al mismo tiempo nos evoca el humanismo de

Barret y sus descripciones dolorosas de la vida de los yerbales.

GASTON FIGUEIRA. — Para los niños de América. I. Canciones, rondas y versos para decir. Buenos Aires, 1929.

Del espíritu de esta colección da un reflejo la siguiente introducción:

Un rostro de niño
es como un fulgor
para el que en la sombra
muere de dolor...
Junto a un niño es dulce
todo, todo hasta el llorar.
En un niño, el mundo
se hace perdonar.
Ya que en esta vida
tanto padecí,
dejad a los niños
que vengan a mí.

Se lee con el encanto que tienen las cosas tiernas y delicadas. Algunas poesías son realmente bellas, bien inspiradas, aunque el nacionalismo continental de algunas otras dé una nota a nuestro juicio extraña en ese precioso vergel.

FERNANDO GUALTIERI. — Versos de amor y de combate. Buenos Aires, 1929. Un vol. de 206 págs. Precio, \$ 1.50.

El camarada Gualtieri, que cultiva con ardor el verso, nos presenta en este volumen una recopilación de sus producciones desde el comienzo de sus actividades.

VARIOS. — Frente a la Guillotina. Ed. "La Palestra", Buenos Aires. Un folleto de 68 págs. Precio, \$ 0.30.

Una colección de escritos varios en prosa y verso, encabezados por las declaraciones de Emilio Henry ante sus jueces.

El "Zion's Herald" de Boston (julio 2, 1929) nos da a conocer las siguientes cifras:

En los primeros seis meses de 1929, según los informes recogidos por el Tuskegee Institute, hubo sólo 4 lynchamientos. Es decir, uno menos que en el mismo período de 1928, y cinco menos que en el primer semestre de cada uno de los siguientes años: 1925, 1926 y 1927; uno menos que en el primer semestre de 1924; 11 menos que en el mismo período de 1923; 26 menos que en los seis primeros meses de 1922 y 32 menos que en los seis primeros meses del año 1921.

De las personas lynchadas, 1 era blanca y 3 negras. Dos lynchamientos ocurrieron en Florida, 1 en Mississippi y otro en Tennessee.

¿Progresó la conciencia moral norteamericana?

Nosotros no nos fiamos de esas cifras como de un índice seguro.

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma	" 1.—
Encuadernado en tela	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	" 1.20
Edición especial, papel pluma	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15

RUDOLF ROCKER.—

"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50
"La maldición del practicismo"	" 0.10

RUDENKO.—

"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	" 0.15
--	--------

JAMES GUILLAUME.—

"Miguel-Bakunin" (Noticia biográfica)	" 0.20
---------------------------------------	--------

MIGUEL BAKUNIN.—

(Obras Completas)

I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela	" 3.50

ERRICO MALATESTA.—

"Anarquía"	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri	" 0.30
"En Tiempo de Elecciones"	" 0.10

PEDRO KROPOTKIN.—

"Palabras de un Rebelde"	" 1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno"	" 0.50
Encuadernado en tela	" 1.50
"A los jóvenes"	" 0.10

LUIS FABBRI.—

"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	" 0.50
Encuad. en tela	" 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	" 0.20

C. LOMBROSO y R. MELLA.—

"Los anarquistas" (Estudio y réplica)	" 1.—
---------------------------------------	-------

NIDO, ROCKER y NEMO.—

"Nacionalismo y anarquismo"	" 0.20
-----------------------------	--------

SEBASTIAN FAURE.—

"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Temas Subversivos"	" 1.50

También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:

La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.

J. DEJACQUE.—

"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	" 0.50
---	--------

WILLIAM MORRIS.—

"Noticias de ninguna parte"	" 1.—
-----------------------------	-------

NICOLAI GOGOL.—

"Almas Muertas" (2 tomos)	\$ 2.—
---------------------------	--------

ELISEO RECLUS.—

"A mi hermano el campesino"	" 0.10
"La anarquía y la iglesia"	" 0.10

JUAN CRUSAO.—

"Carta Gaucha". 7.ª edición	" 0.10
-----------------------------	--------

D. A. DE SANTILLAN.—

"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo	" 0.10
---	--------

AGUSTIN SOUCHY.—

"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920)	" 0.30
---	--------

S. RADOWITZKY.—

"La voz de mi conciencia"	" 0.10
---------------------------	--------

VARIOS.—

"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.º, encuadernado en tela	" 2.—
--	-------

ANSELMO LORENZO.—

"El derecho a la evolución"	" 0.10
-----------------------------	--------

ANA M. MOZZONI.—

"A las hijas del pueblo"	" 0.10
--------------------------	--------

JOHANN MOST.—

"La Peste Religiosa"	" 0.10
----------------------	--------